

Carmen

Prosper Mérimée



Carmen

Prosper Mérimée





Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
10-06-2019

Prósper Merimée

Carmen

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
10-06-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-592-1

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
10-06-2019

I

Siempre me había parecido que los geógrafos no sabían lo que se decían al colocar el campo de batalla de Munda en el país de los Bástulos-Penos, cerca de la moderna Monda, a algunas leguas al norte de Marbella. Según mis propias conjeturas sobre el texto del anónimo autor, el *Bellum Hispaniense*, y algunos datos recogidos en la excelente biblioteca del duque de Osuna, pensé que era menester buscar en los alrededores de Montilla el lugar memorable en que, por última vez, César echó el resto contra los campeones de la República. Encontrándome en Andalucía a principios del otoño de 1830, hice una excursión bastante larga para ilustrar las dudas que todavía me quedaban, y espero que una memoria que publicaré próximamente, no dejará ninguna incertidumbre en el ánimo de todos los arqueólogos de buena fe. Esperando que mi disertación resuelva, por fin, el problema geográfico que tiene a toda la Europa sabia en suspensión, quiero contaros una pequeña historia; nada prejuzga sobre la interesante cuestión del emplazamiento de Munda.

Había alquilado en Córdoba un guía y dos caballos y puéstome luego en campaña con los *Comentarios del César* y algunas camisas por todo bagaje. Errando cierto día por la parte más elevada del llano de Cachena, molido de fatiga, muerto de sed y abrasado por un sol de plomo, daba al diablo a César y a los hijos de Pompeyo, cuando distinguí, bastante lejos del sendero que seguía, tina verde alfombra de césped, sembrada de juncos y de cañas. Esto me anunciaba la vecindad de algún manantial, y, en efecto, aproximándome, vi que la pretendida alfombra de césped era un pantano en el cual iba a perderse un arroyo, salido, al parecer, de una estrecha garganta entre dos altos contrafuertes de la sierra de Cabra. De aquí deduje que remontando, encontraría agua más fresca, menos sanguijuelas y ranas, y quizá un poco de sombra en medio de aquellas rocas. A la entrada de la garganta relinchó mi caballo, y otro caballo, que yo no veía, le respondió. Apenas hube dado un centenar de pasos, cuando la garganta, ensanchándose de pronto, mostróme una especie de circo natural perfectamente cubierto de sombra por la altura de los escarpes que lo rodeaban. Era imposible encontrar un sitio que prometiese al viajero una parada más agradable. Al pie de un tajo, la fuente se escapaba a borbotones y caía en un pequeño pilón tapizado de arena blanca como la nieve. Cinco o seis

hermosas encinas verdes, siempre al abrigo del viento y refrescadas por la fuente, elevábanse en torno de ésta y la cubrían con su espesa sombra, y, finalmente, alrededor del pilón, una hierba fina, lustrosa, ofrecía mejor lecho que el que hubiera encontrado en ninguna posada en diez leguas a la redonda.

No me pertenecía el honor de haber descubierto tan ameno sitio, pues ya había un hombre que estaba reposando allí y que dormía,

sin duda, cuando penetré. Despertado por los relinchos, habíase levantado y acercado a su caballo, que había aprovechado el sueño de su amo para darse un buen verde por los alrededores. Era un mocetón de mediana estatura, pero de robusta apariencia, de mirada sombría

y orgullosa. El color, que hubiera podido ser bello, habíase hecho, por la acción del sol, más obscuro que el pelo. Tenía en una mano el cabestro de su montura y en la otra un trabuco de cobre. Confesaré que, de momento, me sorprendieron algo el trabuco y la bravía facha de

su portador, pero no creía ya en ladrones a puro oír hablar de ellos y no encontrarlos nunca. Por otra parte, había visto tantos honrados

colonos armarse hasta los dientes para ir al mercado, que la vista de una arma de fuego no me auto-rizaba a poner en duda la moralidad del desconocido.

-Y después, -decíame yo,-¿ qué haría de mis camisas y de mis *Comentarios Elzevir*?

Saludé al hombre de trabuco con una Señal de cabeza familiar, y preguntéle sonriendo Si había turbado su sueño. Sin contestarme, midióme de pies a cabeza con la vista, y luego, como satisfecho de su examen, miró con igual atención a mi guía, que iba adelatándose. Víle palidecer a éste y pararse, demostrando un terror evidente.

-¡Mal encuentro! me dije.

Pero la prudencia aconsejóme al punto que no dejase traslucir ninguna inquietud. Desmonté, dije al guía que quitase el freno, y arrodillándome a la vera de la fuente, sumergí en ella mi cabeza y mis manos y bebí luego un buen trago, echado boca abajo, como los malos soldados de Gedeón.

Observaba, no obstante, a mi guía y al desconocido. El primero se acercaba bien de mala gana; el otro no parecía abrigar ninguna mala

intención contra nosotros, porque había dejado en libertad a su caballo, y el trabuco, que tenía al principio horizontal, miraba ahora a tierra.

No creyendo deber formalizarme por el poco caso que había parecido hacer de mi persona, extendíme sobre la hierba, y con aire desenfadado pedíle al hombre del trabuco si por acaso llevarla con que echar yescas, al mismo tiempo que sacaba mi petaca. El desconocido, siempre sin hablar, registró en los bolsillos, sacó su eslabón y se apresuró a darme candela. Evidentemente se humanizaba, porque se sentó delante de mí, aunque sin abandonar su arma, sin embargo. Encendido mi cigarro, escogí el mejor de los que me quedaban y le pregunté si fumaba..

-Sí, señor, -respondió. -Eran las primeras pala-bras que dejaba oír, y noté que no pronunciaba la *s* a la manera andaluza, de lo cual deduje que era un viajero como yo, menos aqueólogo, seguramente.

-Encontrará usted éste bastante bueno, -dije, presentándole una legítima regalía de la Habana.

Hízome una ligera inclinación de cabeza, encendió su cigarro con el mío, dióme las gracias con otra señal de cabeza y luego se puso a fumar con la apariencia de un vivísimo placer.

-¡Ah! -exclamó dejando escapar lentamente su primera bocanada por la boca y la nariz. -¡Cuánto tiempo hace que no había fumado!

En España, un cigarro dado y recibido establece relaciones de hospitalidad, como en Oriente el partirse el pan y la sal. Mi hombre se mostró más hablador de lo que yo había esperado. Por otra parte, aunque se decía vecino del partido de Montilla, parecía conocer el país bastante mal. No sabía el nombre del delicioso valle en que nos encontrábamos; no podía citar ningún nombre de los pueblos inmediatos. Finalmente, preguntado por mí si había visto por aquellos contornos paredes ruinosas, anchas tejas con ribetes o piedras esculpidas, confesó que jamás había parado atención en semejantes cosas. En cambio, mostróse experto en materia de caballos. Criticó el mío, lo cual no era difícil, y luego me trazó la genealogía del suyo, que salía de las famosas dehesas de Córdoba; noble animal, en efecto, tan duro para la fatiga, a lo que pretendía su dueño, que había hecho una vez treinta leguas en un día, al galope o al trote largo. En medio de su charla, detúvose bruscamente el desconocido, como sorprendido y enfadado por haber dicho tanto.

- Es que me tenía mucha prisa ir a Córdoba, -repuso con algún embarazo. -Tenía que ir a solicitar algo de los jueces sobre cierta causa...

Hablando así, miraba a mi guía Antonio, que bajaba los ojos.

La sombra y la fuente me gustaron de tal mane-ra, que me acordé de algunas lonjas de excelente jamón que mis amigos de Montilla habían puesto en las alforjas de mi guía. Hícelas traer y convidé al forastero a tomar parte en la improvisada colación. Si no había fumado desde largo tiempo, parecióme verosímil que no había comido en cuarenta y ocho horas, a lo menos. Devoraba como un lobo hambriento. Pensé que mi encuentro había sido providencial para el pobre diablo. Mi guía, sin embargo, comía poco, bebía todavía menos y no hablaba del todo, por más que desde el principio de nuestro viaje se me hubiese revelado como un parlanchín sin rival. La presencia de nuestro huésped parecía embarazarlo, y había cierta desconfianza que los alejaba a uno de otro sin que yo adivinase positivamente la causa.

Ya las últimas migajas de pan y de jamón habían desaparecido y habíamos fumado cada uno un segundo cigarro, ordené al guía que embridase nuestros caballos, é iba a despedirme de mi nuevo amigo, cuando me preguntó dónde contaba yo pasar la noche.

Antes de que hubiese prestado atención a un signo de mi guía, había yo respondido que iba a la venta del Cuervo.

-Mal albergue para recogerse una persona como usted, caballero. Yo voy también y, si me permite usted acompañarlo, haremos juntos el camino.

-Con mil amores,- repliqué montando a caballo. Mi guía, que me tenía el estribo, hizome un nuevo signo con los ojos, al que respondí encogiéndome de hombros como para asegurarle que estaba perfectamente tranquilo, poniéndonos en seguida en marcha.

Los signos misteriosos de Antonio, su inquietud, algunas palabras escapadas al desconocido, sobre todo su corrida de treinta leguas y la explicación poco plausible que de ella me había dado, habíanme hecho ya formar mi composición de lugar acerca de mi compañero de viaje. No me cabía duda de que me las había con un contrabandista, quizá con un ladrón: ¿qué se me importaba? Conocía bastante bien el carácter español, para estar enteramente seguro de no tener nada que temer de un hombre que había comido y fumado conmigo. Su misma presencia era una protección eficaz contra cualquier mal encuentro. Por otra parte, me venía muy bien saber lo que era un bandolero. No se ven todos los días, y hay cierto encanto en encontrarse cerca de un ser peligroso, sobre todo cuando se le siente dulce y amansado.

Esperaba llevar por grados al desconocido a hacerme confidencias, y, a pesar de los guiños de mi guía, llevé la conversación acerca de los salteadores de caminos. Bien entendido que hablaba yo de ellos con respeto. Había por entonces en Andalucía un famoso bandido llamado José María, cuyas proezas estaban en todas las bocas.

-¿Si estaré yo al lado de José María? -dije para mí...

Conté las historias que sabía de este héroe, todas en su loor, por supuesto, y expresé altamente mi admiración por su bravura y su generosidad.

-José María no es más que un pícaro, -dijo fríamente el forastero.

-¿,Le hace justicia o bien es un exceso de modestia por su parte? -me pregunté mentalmente porque a fuerza de mirar a mi compañero, había acabado por aplicarle las señas de José María, que había leído yo en los edictos fijados en las puertas de muchas ciudades Y villas de Andalucía. -Sí, es él ... Pelo rubio, ojos azules, boca grande, dentadura hermosa, manos pequeñas, camisa fina, chaqueta de terciopelo con botonadura de plata, polainas de cuero blanco, el caballo bayo... ¡No cabe duda! Pero respetemos su incógnito.

Llegamos a la venta. Era tal como me la habían pintado, es decir, una de las más miserables que hubiese encontrado hasta entonces. Un gran cuarto servía de cocina, comedor y dormitorio. Sobre una piedra plana ardía el fuego en medio del aposento, y el humo salía por un agujero practicado en el techo, ó, por mejor decir, se detenía allí, formando una nube a algunos pies sobre el suelo. A lo largo de la pared veíanse, extendidas en tierra, cinco o seis viejas jalmas: eran las camas de los viajeros. A veinte pasos de la casa, ó, mejor dicho, de la única pieza que acabo de describir, levantábase una especie de cobertizo que servía de establo. En esta deliciosa morada no había otros seres humanos, a lo menos por entonces, que una vieja y una niña de diez o doce años, ambas de color de hollín y vestidas con horribles andrajos.

-¡He ahí todo lo que queda, -me dije, -de la población de la antigua Munda Boetica! ¡Oh César! ¡Oh Sexto Pompeyo! ¡Cuán sorprendidos quedaríais, si volviéseis al mundo!

Al reparar en mí compañero, dejó escapar la vieja una exclamación de asombro.

-¡Ah, señor don José! -exclamó.

Don José frunció el entrecejo y levantó una mano con gesto de autoridad, que paró a la vieja en seguida.

Volvíme hacia mi guía, y con un signo imperceptible hícele comprender que nada tenía que decir acerca de la clase de hombre con quien iba a pasar la noche. La cena fue mejor de lo que yo esperaba. Sirviéronnos, en una mesita de un pie de alto, un viejo gallo en pepitoria con arroz y muchos pimientos, después pimientos fritos y, finalmente, gazpacho, hecho también con pimientos. Tres platos con tanta especia obligáronnos a recurrir a menudo a un pellejo de vino de Montilla, que pareció delicioso. Después de haber comido, viendo una bandurria colgada de la pared (hay por todas partes bandurrias en España), pregunté a la chiquilla que nos servía, si sabía tocarla.

- No,- respondió, -pero la toca muy bien don José.

-Tenga usted la bondad de cantarme algo, -le dije; -gusto con pasión de vuestra música nacional.

-Nada puedo negarle a un caballero tan honrado que me da tan buenos cigarros,- exclamó don José en tono de buen humor; -y, habiéndose hecho dar la bandurria, cantó acompañándose con ella, La voz era ruda, pero, sin embargo, agradable; el canto, melancólico y extraño. En cuanto a las palabras, no comprendí ni una jota.

-Si no me engaño, -le dije, -no es una canción española la que acabáis de cantar. Eso se parece a los *zorxicos* que he oído en las *Provincias*, y las pala-bras deben de estar en vascuence.

-Sí, -repuso don José con aire sombrío. -Dejó la bandurria en tierra, y con los brazos cruzados púsose a contemplar el fuego, que se apagaba, con una singular expresión de tristeza. Iluminado por un velón puesto sobre la mesita, su rostro a la vez noble y torvo, me recordaba el Satanás de Mílton. Como él, quizá, mi compañero pensaba en el paraje que había abandonado, en el destierro en que había incurrido por una falta. Procuré reanimar la conversación, pero no respondió, absorto como estaba en sus tristes pensamientos. Ya la vieja se había echado en un rincón del cuarto, al abrigo de un cobertor agujereado, tendido sobre una cuerda. La chiquilla habíala seguido en aquel retiro reservado al bello sexo. Mi guía, entonces, levantándose, invitóme, a acompañarlo al establo; pero al oír estas pala-bras, don José como despertándose sobresaltado, preguntóle en tono brusco a donde iba.

-Al establo, -respondió el guía.

-¿Para qué? Los caballos tienen que comer. Acuéstate aquí: el señor lo permitirá.

-Temo que el caballo del señor esté enfermo. Quisiera que el señor lo viese: puede que sepa lo que hay que hacerle.

Era evidente que Antonio quería hablarme a solas; pero yo no trataba de infundir sospechas a don José, y en el punto a que habíamos llegado, parecíame que el mejor partido que podía tomar, era demostrar la mayor confianza. Respondí, pues, a Antonio que yo no entendía nada en caballos y que tenía ganas de dormir. Don José le siguió al establo, de donde pronto volvió solo. Díjome que el caballo no tenía nada, pero que mi guía lo encontraba tan precioso animal, que lo frotaba con su chaqueta para hacerle transpirar y que contaba pasar la noche en esta agradable ocupación. Entretanto, yo me había extendido sobre las jalmas, cuidadosamente envuelto en mi capa para no tocarlas. Después de haberme pedido le dispensase la libertad que se tomaba al ponerse cerca de mí, acostóse don José detrás de la puerta, no sin haber renovado el cebo de su trabuco, que cuidó de colocar debajo la alforja que le servía de almohada., Cinco minutos después de habernos deseado mutuamente las buenas noches, estábamos uno y otro profundamente dormidos.

Creía hallarme bastante fatigado para poder dormir en semejante yacija; pero al cabo de una hora vinieron a arrancarme de mi primer sueño unas muy desagradables picazones, levantándome así que hube comprendido la naturaleza de las mismas, persuadido de que valía más pasar el resto de la noche al raso, que no bajo aquel inhospitalario techo. Caminando de puntillas llegué hasta la puerta, pasé a horcajadas por encima la cama de don José, que dormía con el sueño de los justos, y tan bien lo hice, que salí de la casa sin que despertara. Junto a la puerta había un ancho banco de madera; extendíme sobre él y me arreglé de la mejor manera posible para acabar la noche. Iba a cerrar los ojos por segunda vez cuando me pareció ver pasar por delante de mí la sombra de un hombre y la sombra de un caballo, marchando uno y otro sin ocasionar el menor ruido. Incorporéme y creí reconocer a Antonio. Sorprendido al verlo fuera del establo a semejantes horas, levantéme y me dirigí a su encuentro. Habíase detenido, y reconocíome desde luego.

-¿Dónde está? -preguntóme Antonio en voz baja.

-En la venta; duerme: no tiene miedo a las chin-ches. ¿Por qué te llevas ese caballo?

Noté entonces que, para no hacer ruido al salir del cobertizo, Antonio había envuelto cuidadosamente los pies del animal con trozos de un viejo

cobertor.

-Hable usted más bajo, por Dios, -díjome Antonio- ¿No sabe usted quién es ese hombre? Es José Navarro, el más insigne bandido de esta Andalucía. Todo el día le he estado a usted haciendo señas, que no ha querido usted comprender.

-Bandido o no, ¿qué me importa ?--respondí. -No nos ha robado, y apostaría a que tampoco tiene ganas.

-Enhorabuena; pero hay doscientos ducados para quien lo entregue. Yo sé un puesto de lanceros a legua y media de aquí, y antes de que amanezca traeré algunos mozos de pelo en pecho. Hubiérame llevado su caballo; pero es tan arisco, que nadie sino Navarro se le puede acercar.

-¡Vete al diablo! -dije. - ¿Qué mal te ha hecho ese pobre hombre para delatarlo? Y, por otra parte, ¿estás seguro de que sea el bandido que dices?

-Perfectamente seguro, señor. Hace poco me ha seguido hasta el establo y me ha dicho: -« Parece que me conoces. Si le dices a ese buen señor quién soy, te levanto la tapa de los sesos. Quédese usted, señor, quédese usted a su vera: no tiene usted nada que temer. Mientras sepa que está usted ahí, no recelará nada.

En tanto hablábamos, nos habíamos alejado ya bastante de la venta para que no pudiesen oírse las herraduras del caballo. Antonio lo había desembarazado en un abrir y cerrar de ojos de los trapos con que le habla envuelto los pies y preparábase a montar, siendo vanas mis súplicas y amenazas para retenerlo.

-Soy un pobre diablo, señor, -me decía. --Doscientos ducados no son para hacerles asco, sobre todo, cuando se trata de librar al país de semejante canalluza; pero ande usted con tiento, porque si el Navarro se despierta, coge el trabuco y... ¡cuidado! Yo he ido demasiado allá para retroceder. Arréglese usted como pueda.

El bribón estaba ya firme en la silla; picó con las dos espuelas y pronto lo perdí de vista en la obscuridad.

Estaba muy irritado contra mi guía y pasablemente inquieto. Después de un instante de reflexión, decidíme y entré en la venta. Don José dormía aún, reparando, sin duda, en aquel momento las fatigas y vigiliias de muchos días de jaleo. Vime obligado A sacudirlo rudamente para despertarlo. Jamás olvidaré

su mirada fosca y el movimiento que hizo para coger el trabuco, que, por vía de precaución, había puesto Yo a alguna distancia de la cama.

-caballero,- Le dije, -le pido me perdone por haberlo despertado; pero tengo una tonta pregunta que hacerle a usted: ¿le gustaría a usted mucho ver llegar aquí media docena de lanceros?

Púsose en pie de un salto, y, con voz terrible:

-¿Quién se lo ha dicho a usted? - me preguntó.

-Poco importa de donde viene el aviso mientras sea bueno.

-Su guía de usted me ha vendido, pero me la pagará. A dónde está?

-No sé... En el establo, me figuro... pero alguien me ha dicho...

-¿Quién se lo ha dicho a usted? No puede ser la vieja...

-Alguien a quien no conozco. Dejémonos de palabras vanas. ¿Tiene usted, sí o no, motivos para no esperar a los soldados? Si los tiene usted, no pierda usted el tiempo, sino que buenas noches, y pido a usted mil perdones por haber interrumpido su descanso.

¡Ah! ¡Su guía de usted! ¡Su guía! Ya había yo recelado al principio; pero... ya se lo dirán de misas. Con Dios, señor. Dios le pague a usted el favor que le debo. No soy tan malo como me cree usted. Sí: hay todavía en mí algo que merece la compasión de un gentil caballero. Con Dios, señor. No tengo más que una pena, y es no poder corresponder a usted en lo que le debo.

-En pago del servicio que le he prestado a usted, prométame usted don José, no sospechar de nadie y no pensar en venganzas. Tome usted; ahí van esos cigarros para el camino. ¡Feliz viaje!

Y le alargué la mano.

Estrechómela sin contestar, cogió el trabuco y las alforjas, y, después de haber dicho algunas pala-bras a la vieja en un caló que no pude comprender, corrió al cobertizo. Algunos instantes después oíale galopar en la campiña.

En cuanto a mí, volvíme a echar en el banco; pero no pude dormir de nuevo. Preguntábame si había obrado yo cuerdamente al salvar de la horca a un ladrón y quizá a un asesino, y esto por el único motivo de haber comido jamón con él y arroz a la valenciana. ¿No había yo hecho traición a mi guía, que sostenía la causa de las leyes? ¿No lo había yo expuesto a la venganza de un malvado? Pero ¡los deberes de la hospitalidad! ...

- Preocupación de salvaje, -decíame yo. -Tendré que responder de todos los crímenes que en adelante vaya a cometer ese bandido.

Con todo, ¿es una preocupación, de veras, ese instinto de la conciencia que resiste a todos los razonamientos? Quizá, en la situación delicada en que me encontraba, no podía yo salir del paso sin remordimientos.

Fluctuaba, pues, en la mayor incertidumbre a propósito de la moralidad de mi acción, cuando vi aparecer media docena de jinetes con Antonio, que se mantenía prudentemente a retaguardia. fui a encontrarlos y les dije que el bandido había apelado a la fuga hacía más de dos heras. La vieja, interrogada por el sargento, respondió que conocía al Navarro, pero que, como vivía sola, nunca hubiera arriesgado su vida denunciándolo. Añadió que su costumbre, cuando iba a su casa, era partir siempre a media noche. Por lo que a mí toca, fuéme preciso ir a algunas leguas de allí a enseñar mi pasaporte y firmar una declaración ante el alcalde, hecho lo cual, permitióseme volver a emprender mis investigaciones arqueológicas. Antonio me guardaba rencor sospechando fuese yo quien le había estorbado el ganarse los doscientos ducados. Con todo, nos separamos en Córdoba buenos amigos y díle una gratificación tan crecida como podía permitírmelo el estado de mi hacienda.

II

Pasé algunos días en Córdoba. Habíanme indicado cierto manuscrito de la biblioteca de los dominicos, en el que debía encontrar interesantes datos sobre la antigua Munda. Muy bien acogido por los buenos Padres, pasaba los días en su convento y paseábame por las noches por la ciudad. Hay en Córdoba, al ponerse el sol, copia de ociosos en el pretil que está a la orilla derecha del Guadalquivir. Respíranse allí las emanaciones de una tenería que conserva aún la antigua fama del país para el curtido de los cueros, pero, en cambio, gózase de un espectáculo que no deja de tener su mérito. Algunos minutos antes del *Ángelus* júntanse gran número de mujeres a orillas del río, bajo el pretil, que es bastante alto. Ningún hombre sería osado a mezclarse en aquel tropel. Al punto que toca el *Ángelus* tiénese por, ser ya noche. Al dar la última campanada, todas esas mujeres se desnudan y entran en el agua. Entonces son los gritos, las risas, una baraúnda infernal. De lo alto del pretil los hombres contemplan a las bañistas, abren un palmo de ojos, y no ven gran cosa. Sin embargo, esas formas blancas é inciertas que se deslizan en el obscuro azul del cielo, mueven a trabajar a los espíritus poéticos, y con un poco de imaginación no es difícil representarse a Diana y sus ninfas en el baño, sin tener que temer la suerte de Acteón. Me han dicho que algunos buenos piezas reunieron un día una cantidad, a escote, para darle un unto al campanero y hacerle tocar el *Ángelus* veinte minutos antes de la hora legal. Por más que hubiese todavía mucha luz, las ninfas del Guadalquivir no vacilaron, y, fiándose más del *Ángelus* que del sol, hicieron con toda seguridad de conciencia su tocado de baño, que es siempre de los más sencillos. Yo no estaba. En mi tiempo el campanero era incorruptible, el crepúsculo poco claro, y tan solamente un gato hubiera podido distinguir la más vieja naranjera de la más linda menestrala de Córdoba.

Una noche, a la lloira en que ya no se ve nada, estaba yo fumando recostado en el parapeto del pretil, cuando una mujer, subiendo por la escalera que conduce al río, vino a sentarse cerca de mí. Llevaba en el pelo un abultado ramillete de jazmines cuyos pétalos exhalan por la noche un olor embriagador. Iba sencillamente, quizá pobremente vestida, toda de negro, como la mayor parte de las menestralas por la noche. Las mujeres *comme il faut* no van de negro más que por la mañana; por la noche se visten a la francesa. Al llegar

cerca de mí, mi bañista dejó deslizar por sus espaldas la mantilla que le cubría la cabeza, y a la obscura claridad que cae de las estrellas vi que era pequeña, joven, bien formada y con unos ojos muy grandes. Al punto tiré mi cigarro. Comprendió esta atención de una urbanidad enteramente francesa, y se apresuró a decirme que le gustaba mucho el olor del tabaco y que hasta fumaba ella cuando encontraba pitillos muy suaves. Por dicha, tenía yo en mi petaca y me apresuré a ofrecérselos. Ella se dignó aceptar uno y lo encendió al extremo de una mecha ardiendo que nos trajo un niño mediante dos cuartos. Mezclando nuestros humos hablamos largo tiempo la bella bañista y yo, que nos encontramos casi a solas en el pretil. Creí no ser indiscreto ofreciéndole ir a tomar un helado en la horchatería. Después de una modesta vacilación, aceptó; pero antes de decidirse deseó saber qué hora era. Hice tocar mi reloj, y aquel campaneó pareció sorprenderla mucho.

-¡ Qué cosas se inventan en su tierra de ustedes, señores extranjeros! ¿De qué país es usted, caballero? Inglés, sin duda.

-Francés, y muy servidor de usted. Y usted, señorita o señora, ¿será usted probablemente de Córdoba?

-No.

-Es usted andaluza, por lo menos. Me parece reconocerlo en su dulce habla de usted.

-Si tan bien repara usted en el acento de la gente, debe usted adivinar sin dificultad quien soy.

-Creo que es usted de la tierra de María Santísima, a dos, pasos del paraíso.

(Había aprendido yo esta metáfora, que designa la Andalucía de mi amigo Francisco Sevilla, picador bien conocido).

-¡Bah! El paraíso... Las gentes de aquí dicen que no se hizo para nosotros.

-Entonces, debe usted de ser morisca ó...y me detuve, no atreviéndome a decir judía.

-¡Vaya, vaya! Bien ve usted que soy gitana. ¿ Quiere su merced que le diga *la baji*? ¹ ¿Ha oído usted hablar de la Carmencita? Soy yo.

Era yo entonces tan descreído, (hace de eso quince años), que no retrocedí de horror viéndome al lado de una bruja.

-¡Bueno!- me dije; -la semana pasada he cenado con un salteador de camino real y vamos hoy a tomar sorbetes con una sierva del diablo. Cuando

se viaja, hay que verlo todo.

Tenía otro motivo, además, para cultivar su conocimiento. Al salir del colegio, lo confesaré para mi vergüenza, había perdido algún tiempo estudiando las ciencias ocultas y aun muchas veces había intentado conjurar el espíritu de las tinieblas. Curado desde hace largo tiempo de la pasión por semejantes investigaciones, no dejé de conservar por eso cierto atractivo de curiosidad por todas las supersticiones, y alborozábame con la idea de saber hasta qué punto se había elevado el arte de la magia entre los gitanos.

Así hablando, entramos en la horchatería y nos sentamos a una mesita iluminada por una vela encerrada dentro de un globo de cristal. Tuve entonces ocasión de examinar a mi gitana mientras algunas honradas gentes se pasmaban, tomando sus helados, al verme en tan buena compañía.

Dudo mucho que la señorita Carmen fuese de pura raza, a lo menos era infinitamente más linda que todas las mujeres de su nación que haya yo encontrado nunca. Para que una mujer sea bonita, dicen los españoles, es menester que reuna treinta *síes, o si* se quiere, que se pueda definirla por medio de diez adjetivos aplicables cada uno a tres partes de su persona. Por ejemplo: debe tener tres cosas negras, los ojos, las pestañas y las cejas; tres finas, los dedos, los labios y los cabellos, etc. Ved Brantóme para el resto. Mi gitana no podía pretender a tantas perfecciones. Su piel, por otra parte perfectamente tersa, se aproximaba mucho al tinte del cobre. Sus ojos eran oblicuos, pero admirablemente rasgados; los labios algo gruesos, pero bien dibujados, y dejaban ver unos dientes más blancos que almendras despellejadas. Sus cabellos, quizá un poco ásperos, eran negros, con reflejos azulados como el ala de un cuervo, _ largos y relucientes. Para no fatigaros con una descripción demasiado prolija, os diré, en suma, que a cada defecto reunía una cualidad que resaltaba quizá más fuertemente por el contraste. Era una belleza extraña y salvaje, una cara que sorprendía al principio, pero que no se podía olvidar. Sus ojos, sobre todo, tenían una expresión a la vez voluptuosa y bravía, que no he encontrado después en ninguna mirada humana. «Ojo de gitano, ojo de lobo», dice un refrán español, que denota una buena observación. Si no tenéis tiempo para ir al Jardín de Plantas a estudiar la mirada de un lobo, reparad en vuestro gato cuando acecha un gorrión.

Compréndese que hubiera sido ridículo hacerse decir la buenaventura en un café. Así es que rogué a la linda hechicera mi permitiese acompañarla a su

domicilio, a lo cual consintió ella sin dificultad, pero quiso conocer otra vez aun la marcha del tiempo y me rogó de nuevo que hiciese tocar mi reloj.

-¿Es verdaderamente de oro? -dijo mirándolo con excesiva atención.

Cuando nos volvimos a poner en marcha era muy entrada ya la noche; la mayor parte de las tiendas estaban cerradas y las calles casi desiertas. Pasamos el puente del Guadalquivir ' y al extremo del arrabal nos detuvimos ante una casa que en manera alguna tenía la apariencia de un palacio. Abriónos un niño. La gitana le dijo algo en una lengua desconocida para mí, que después supe era el *rommani* o *chípecalli*, el idioma de los gitanos. El niño desapareció al momento dejándonos en un cuarto, bastante espacioso, amueblado con una mesita, dos taburetes y un cofre. No debo olvidar una tinaja, un montón de naranjas y un rastro de ajos.

Así que estuvimos solos, la gitana sacó del cofre una baraja que parecía haber servido mucho, un imán, un camaleón disecado y algunos otros objetos necesarios a su arte. Díjome después que hiciera la señal de la cruz en mi mano izquierda con una moneda, y empezaron las ceremonias mágicas. Es inútil referiros sus predicciones; y en cuanto a su manera de operar, era evidente que no era hechicera sino a medias.

Por desgracia, pronto vino alguien a interrumpirnos. Abrióse de pronto la puerta con violencia y entró en el cuarto un hombre embozado hasta las cejas en una capa parda, apostrofando a la gitana de una manera poco graciosa. No comprendí lo que decía, pero el tono de su voz indicaba que se hallaba de muy mal humor. La gitana no mostró al verlo ni sorpresa ni cólera, sino que se adelantó a su encuentro y con una volubilidad extraordinaria dirigióle algunas frases en la lengua misteriosa que había ya empleado delante de mí. La palabra *payo*, repetida a menudo, era la sola voz que yo comprendiese por saber que los gitanos designan así a todo hombre extraño a su raza. Suponiendo que se trataba de mí, esperábame tener una explicación delicada: ya había puesto yo mano en uno de los taburetes y silogizaba para mis adentros al objeto de adivinar el momento preciso en que convendría arrojarlo a la cabeza del intruso. Éste rechazó duramente a la gitana y avanzó hacia mí. En seguida, retrocediendo un paso, dijo:

-¡Ah, caballero! ¡Es usted!

Mirélo a mi vez y reconocí a mi amigo don José. En aquel momento sentía un poquito no haberlo dejado ahorcar.

-¡ Hola! ¡Es usted, mi valiente! - exclamé riendo lo menos conejo que pude -ha interrumpido usted a esa señorita en el momento en que me anunciaba cosas harto interesantes.

-¡Siempre la misma! ¡Esto ha de acabar! dijo, entre dientes, clavando en ella una mirada torva.

Entretanto continuaba la gitana hablándole en su lengua; iba, animándose por grados; inyectábanse en sangre sus ojos y aparecía terrible; contraíanse sus facciones; hería el suelo con el pie. Parecióme que ella le instaba vivamente a hacer algo por lo cual mostraba él alguna vacilación. Lo que era, de sobras creía comprenderlo yo al verla pasar y repasar rápidamente su manecita por debajo de la barbilla. Tentado estaba de creer que se trataba de un pescuezo que cortar y abrigaba algunas sospechas de que ese pescuezo no fuese el mío.

Á todo este torrente de elocuencia sólo respondió don José con dos o tres palabras pronunciadas en tono breve. Lanzóle entonces la gitana una mirada de profundo desprecio, y en seguida, sentándose con las piernas cruzadas en un rincón del cuarto, cogió una naranja, mondóla y se puso a comerla.

Don José me tomó del brazo, abrió la puerta y me condujo a la calle. Dimos cerca de doscientos pasos en el mayor silencio, y luego, extendiendo la mano, dijo:

-Vaya usted todo recto y encontrará usted el puente.

Volvióme al punto la espalda y se alejó. Volví a mi posada algo corrido y de bastante mal humor. Lo peor fue que al desnudarme eché de menos el reloj.

Diversas consideraciones me impidieron ir a reclamarlo al siguiente día o solicitar del señor corregidor tuviese a bien hacer que se buscara. Terminé mi trabajo sobre el manuscrito de los dominicos y partí para Sevilla. Después de muchos meses de excursiones errantes por Andalucía, quise volverme a Madrid y me fue preciso volver a pasar por Córdoba. No tenía intención de hacer allí muy larga estancia, puesto que les había cobrado tirria a esta bella ciudad y a las bañistas del Guadalquivir. Sin embargo, algunos amigos que volver a ver y algunos encargos que desempeñar debían detenerme, cuando menos, tres o cuatro días en la antigua capital de los príncipes musulmanes.

Así que hube reaparecido en el convento de los dominicos, acogióme con los brazos abiertos uno de los padres que me había demostrado siempre un vivo interés en mis investigaciones sobre el emplazamiento de Munda, y exclamó:

¡Alabado sea el nombre del Señor! Sea su merced bien venido, caro amigo. Todos lo creíamos muerto a su merced, y yo, que le estoy hablando, le he rezado muchos *pater y ave*, que no me, pesan, por la salud de su alma. ¿Por manera que no ha sido asesinado su merced, que, en cuanto a robado, ya sabemos que lo ha sido?

-¿Cómo es eso? -pregunté algo sorprendido.

-Sí-. ya lo sabe su merced, ese hermoso reloj de repetición que hacía tocar en la biblioteca cuando le decíamos a su merced que era tiempo de ir al coro. Pues bien: ya ha sido encontrado y se le devolverá a su dueño.

-Es decir -interrumpí diciendo, algo confuso, -se me había extraviado...

tunante está bajo llave; y como sabíamos que era hombre capaz de pegarle un tiro a cualquier cristiano para quitarle una peseta, estábamos muertos de miedo de que no le hubiese matado. Iré con su merced a casa del corregidor y haremos, que recobre en seguida su hermoso reloj, y luego vaya su merced a decirles a los de su tierra que la justicia no sabe cumplir con su obligación en España!

-Le confieso a vuestra paternidad -le dije, que mejor preferiría perder mi reloj que no ir a declarar ante la justicia para que ahorquen a un pobre diablo, sobre todo porque... porque...

-¡Oh! No pase su merced ningún cuidado: está bien recomendado y no se le puede ahorcar dos veces. Y cuando digo ahorcar, me equivoco, pues es hidalgo ese ladrón de su merced, y, por lo tanto, le darán *garrote* pasado mañana sin remisión. Ya ve su merced que un robo de más o de menos en nada cambiará su causa. ¡Ojalá no hubiese hecho más que robar! Pero ha cometido muchos asesinatos, todos más horribles unos que otros.

-¿Como se llama?

-Conócenlo aquí con el nombre de José Navarro, pero tiene también otro nombre vascongado que ni su merced ni yo llegaríamos a pronunciar nunca. Y ahora que caigo en la cuenta: mire su merced, es un hombre que hay que Ver, y su merced, que gusta de conocer las singularidades del país, no debe dejar a un lado el sabor cómo en España se manda a los bribones al otro mundo. Está en capilla, y el padre Martínez lo conducirá a su merced allí.

Mi dominico insistió de tal manera para que viese los preparativos de *una ejecucioncilla*, que no pude en manera alguna excusarme. Fui a ver al preso,

provisto de un mazo de cigarros que esperaba debían hacerle perdonar mi indiscreción,

Introdujéronme cerca de don José en el momento en que se hallaba comiendo. Hízome un saludo de cabeza bastante frío y me dio cortesmente las gracias del regalo que le traía. Después de haber contado los cigarros del mazo que tenía entre manos, escogió cierto número de ellos y me devolvió los restantes haciéndome observar que no tenía necesidad de tomar más.

Preguntéle sí con algún dinero o mediante la influencia de mis amigos podía obtener algún alivio en su suerte. Primeramente se encogió de hombros sonriendo con tristeza; pero muy pronto, volviendo sobre su acuerdo, me rogó le hiciese decir una misa para la salvación de su alma.

-¿Quisiera usted -añadió tímidamente, -quisiera usted hacer decir otra para una persona que lo ofendió a usted?

_ Seguramente, querido mío -le respondí, -aunque nadie, que ya sepa, ¡no ha ofendido en este país.

-Cogióme por la mano y me la estrechó con aire grave. Después de un momento de silencio repuso:

-¿Me atreveré aún a pedirle a usted otro favor? Cuando regreso a su país, quizá pase usted por Navarra; a lo menos pasa usted por Vitoria, que no está muy lejos ...

-Sí, le dije: -ciertamente que pasaré por Vitoria, pero no sería imposible que torciera para ir a Pamplona, y a causa de usted creo que daré con mucho gusto ese rodeo.

-Pues bien: sí va usted a Pamplona, verá usted allí más de una cosa que le interesará... Es hermosa ciudad... Le daré a usted esta medalla -enseñábame una medallita de plata que llevaba colgada al cuello, -la envolverá usted en un papel... -detúvose un instante para dominar su emoción...y la entregará usted o hará usted entregar a una buena mujer cuyas señas le diré. Le dirá usted que estoy muerto, pero no le dirá usted cómo.

Prometéle cumplir su encargo. Volví a verlo la mañana siguiente y pasé con él parte del día. De su boca han salido las tristes aventuras que se van a leer.

Footnotes

1 La buenaventura.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
10-06-2019

III

Nací -dijo, -en Elizondo, en el valle del Baztán. Me llamo José de Lizarrabengoa, y conoce usted bastante España, señor, para que mi nombre os diga al punto que soy vascongado y cristiano viejo. Sí be tomado el *de* es porque tengo este derecho, y si estuviésemos en Elizondo le enseñaría a usted mi genealogía en pergamino. Querían que siguiese la carrera de la iglesia y me hicieron estudiar, pero no aproveché gran cosa. Gustábame demasiado jugar a la pelota, y esto es lo que me ha perdido. Cuando nosotros los navarros jugamos a la pelota, nos olvidamos de todo. Un día que había yo ganado buscóme una pendencia un muchacho de Álava; tomamos nuestras maquilas² y obtuve de nuevo la ventaja; pero esto me obligó a dejar el país. Encontré a unos dragones y senté plaza en el regimiento de Almansa, caballería. La gente de nuestras montañas aprende pronto el oficio militar. Luego fui sargento y teníanme prometido hacerme aposentador, cuando, por mi desgracia, tocóme estar de guardia en la fábrica de tabacos de Sevilla. Si habéis ido a Sevilla, habréis visto, sin duda,. aquella grande obra, fuera de las murallas, cerca del Guadalquivir. Paréceme todavía ver la puerta y el cuerpo de guardia a su vera. Cuando están de guardia los castellanos juegan a las cartas o duermen; pero yo, como buen navarro, trataba siempre de estar ocupado en algo. Hacía una cadena con alambre de latón para tener sujeto mi desfogonador. De pronto los camaradas dicen:

-He ahí la campana que ya toca: las chicas van a volver a entrar al trabajo.

Ya sabrá usted, señor, que hay muy bien cuatrocientos o quinientas mujeres ocupadas en la fábrica. Son las que lían los cigarros en una gran sala, en la que no entran hombres sin permiso del *veinticuatro*, porque se ponen allí a la fresca, sobre todo las jóvenes, cuando hace calor. A la lora que vuelven a entrar las trabajadoras, después de comer, muchos jóvenes van a verlas pasar, y no se paran en barras en lo que les dicen. Hay pocas de esas señoritas que rehusen una mantilla de tafetán, y los aficionados a esa pesca no tienen más que bajarse para coger el pescado. Mientras los otros miraban, estábame yo en mi banco, cerca de la puerta Yo era joven entonces, pensaba siempre en mi tierra y no creía que pudiese haber bonitas muchachas sin sayas_ azules y sin trenzas que cayesen sobre los hombros ³ . Por otra parte, dábanme miedo las

andaluzas; no estaba hecho todavía a sus maneras: siempre burlándose, nunca una palabra puesta en razón. Estaba, pues, con la nariz sobre mi cadena, cuando oigo a unos señores que dicen:

-¡He ahí la gitanilla!

Levanté los ojos y la vi. Era un viernes: no lo olvidaré jamás. Vi a esa Carmen que conocéis, en cuya casa os encontré hace algunos meses.

« Llevaba un zagalejo rojo muy corto que dejaba ver unas medias de seda blanca con más de un agujero, y unos menudos zapatitos de tafilete rojo atados con cintas de color de fuego. Apartaba a los lados la mantilla a fin de mostrar los hombros y un ramillete de acacias, muy gordo, que salía de su camisa. Llevaba aún una flor de acacia a un lado de la boca y andaba balanceándose sobre las caderas como una potranca de las dehesas de Córdoba. En mi tierra una mujer con este traje hubiera obligado a la gente a persignarse. En Sevilla echábale cada cual algún requiebro por su aire, y ella le respondía a cada uno, mirando por el rabo del ojo, con el puño en la cadera, desvergonzada, a guisa de verdadera gitana, como así era. Primeramente no me gustó nada, y volví a mi trabajo; pero ella, siguiendo el uso de las mujeres y de los gatos, que no vienen cuando se les llama y cuando no se les llama vienen, paróse delante de mí y me dirigió la palabra.

- « Compadre –me dijo a la manera andaluza, -¿quieres darme esa cadena para colgarle las llaves de mi arca?

-“ Es para sujetar mi aguja -le respondí.

-¡Tu aguja! -exclamó ella riendo. ¡Ja, ja! ¡El señor hace encaje, puesto que ha menester alfileres. ⁴

« Todo el mundo se echó a reír y yo sentí que me ruborizaba y no podía encontrar nada que responderle.

- « Anda, corazoncito mío - repuso; - hazme siete varas de blonda negra para una mantilla, ¡alfilerero de mi alma!

Y, cogiendo la flor de acacia que tenía en la boca, lanzómela, con un movimiento del pulgar, justamente entre ambos ojos. Señor, aquello me hizo el efecto de una bala que me hubiese dado... No sabía donde meterme y permanecí inmóvil como un poste.

- Cuando hubo entrado en la fábrica, vi la flor de acacia que había caído en tierra entre mis pies. No sé lo que me dio, sino que la recogí sin que mis

camaradas lo echasen de ver y la guardé preciosamente en mi chaleco. ¡
Primera tontería.

« Dos o tres horas después estaba pensando todavía en ello, cuando llega al cuerpo de guardia un portero todo jadeante, con el semblante trastornado. Díjonos que en la sala grande de los cigarros habían asesinado a una mujer y que era menester enviar allí la guardia. El oficial me dijo entonces que tomase dos números y fuese a ver. Tomo los dos hombres y subo. Figúrese usted, señor, que así que entro en la sala me encuentro primero con trescientas mujeres en camisa, o poco menos, todas ellas gritando, aullando, gesticulando, armando tal baraúnda, que no se hubiera oído aunque tronara. A un lado estaba una cigarrera, revolcándose por el suelo, cubierta de sangre y con una X en la cara que acababan de marcarle, con dos enchilladas. Delante de la herida, a la cual socorrían las mujeres del cotarro, veo a Carmen, sujeta por cinco o seis comadres. La herida gritaba:

---¡Confesión! ¡Confesión! ... ¡Muerta soy!

«Carmen nada decía: rechinaba los dientes y movía los ojos como un camaleón.

---¿Qué es eso? preguntó.

~ No me costó poco trabajo saber lo que había pasado, porque todas las operarias me hablaban a la vez. Parece que la mujer herida habíase jactado de llevar bastante dinero en el bolsillo para mercar un burro en la feria de Triana.

-“¡Toma! - dijo Carmen, que era suelta de lengua. - ¿No tienes acaso bastante con la escoba?

«La otra, picada de la indirecta, y que quizá se reconocía culpable en el asunto, respondióle que no entendía nada de escobas, no teniendo

el honor de ser gitana ni ahijada de Satanás, pero que la Carmencita trabaría pronto conocimiento con un asno cuando el señor corregidor la sacase a paseo con dos lacayos detrás para espantarle las moscas.

---¿Sí? ¡Pues yo voy a hacerte abrevaderos de moscas en la cara y a pintarte un jabeque!

Y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, ¡zis, zas! empieza con la navaja con que cortaba las puntas de los cigarros, a dibujarle cruces de San Andrés en el rostro.

« El caso era claro. Cogí a Carmen por el brazo y díjele cortesmente:

_«Paisana, hay que seguirme.

«Lanzóme una mirada como si me reconociera; pero con aire resignado dijo:

_« Vamos. ¿Dónde está mi mantilla?

«Púsosela en cruz, por manera que no enseñaba más que uno de sus grandes ojos, y siguió a mis dos hombres, mansa como un cordero. Llegada al cuerpo de guardia, el comandante dijo que el caso era grave y que había que llevarla a la cárcel. Yo debía ser también el que la condujese. Coloquéla entre dos dragones y marché detrás, como debe hacer en semejantes circunstancias el que es clase. Pusímonos en camino para la ciudad. Primeramente había guardado silencio la gitana; pero en la calle de las Sierpes, que debe usted conocer mucho y que tiene bien merecido aquel nombre por las revueltas que hace, en la calle de las Sierpes, comienza por dejar caer la mantilla a fin de mostrarme su palmito zalamero y, volviéndose hacia mí tanto como podía, me dice:

-«Señor oficial, ¿dónde me lleva usted?

-Ala cárcel, pobrecilla -respondíle lo más cariñosamente que pude, como debe un buen soldado hablar a un preso, sobre todo si es mujer.

-¡ Ay! ¿ Qué va a ser de mí? ¡Téngame usted lástima, señor oficial! ¡Es usted tan joven, tan galán!

-Después, en tono más bajo:

-«Déjeme usted escapar -dijo, -y le daré a usted un pedazo de la *bar lachi* que le hará a usted querer de todas las mujeres.

« La *bar lachi* es la piedra imán con la cual pretenden las gitanas que pueden hacerse multitud de sortilegios cuando uno sabe servirse de ella. Hacedle beber a una mujer una pulgarada de polvos de esa piedra en un vaso de vino rancio y no resistirá. Yo le respondí lo más formal que pude:

---No estamos aquí para decir sandeces. ¡A la cárcel! Es la consigna, y no hay más remedio.

« Tenemos nosotros, los vascongados, un acento particular que nos hace reconocer fácilmente por las demás provincias, si bien no hay, en cambio, quien pueda solamente aprender a decir: *bai, jauna* ⁵ No tuvo Carmen, por lo tanto, gran dificultad en adivinar que venia yo de las provincias.

«Sabrá usted, señor, que los gitanos, como no son de ningún país y viajan siempre, hablan todas las lenguas y la mayor parte están como en su casa en Portugal, en Francia, en las provincias, en Cataluña, por todas partes: hasta de los moros y los ingleses se dejan entender. Carmen sabía bastante bien el vascuence.

---*Laguna, ene bibotsarena*, camarada de mi corazón -díjome de pronto, -¿sois de la tierra?

« Nuestra lengua, señor, es tan hermosa, que cuando la oímos en tierra extraña, es cosa que nos hace estremecer.

«Quisiera tener un confesor provinciano, anadió más bajo el bandido.

Después de una pausa repuso:

-Soy de Elizondo -respondíle en vascuence, muy conmovido al oír hablar mi lengua.

-Yo soy de Echalar -dijo ella. Es una tierra a cuatro leguas de la mía. - Fui llevada a Sevilla por unos gitanos. Yo trabajaba en la fábrica para ganar con que volverme a Navarra al lado de mi pobre madre, que no tiene más sostén que yo y un pequeño *barrachea* ⁶ con veinte manzanos de sidra. ¡Ali! ¡Si yo estuviese en el pueblo delante de la montaña blanca! Me han insultado porque, como no soy de esta tierra de ladrones y vendedores de naranjas podridas, esas gorronas se han puesto todas contra mí, porque les he dicho que todos sus jaques de Sevilla con sus navajas no le darían miedo alguno a ningún muchacho de nuestra tierra con su boina azul y su *maquila*. Camarada, amigo: ¿no va usted a hacer nada por su paisana?

«Mentía, señor, ha mentido siempre. Yo no sé si en su vida dijo nunca aquella chica una palabra de verdad; pero, cuando hablaba, yo me la creía: podía más que yo. Chapurreaba el vascuence y creía navarra, cuando claramente sus ojos, su boca y su tez, decían que era gitana. Yo estaba loco y no paraba atención en nada. Pensaba que, si hubiera habido quien dijese mal de mi tierra, le hubiese yo cortado la cara, lo mismo que había hecho ella. Hallábame, en una palabra, como un hombre borracho, y empecé a decir necedades y estaba muy cerca de hacerlas.

---Si yo os diese un, empujón y cayéseis, paisano - replicó ella en vascuence, - no serían esos dos quintos castellanos quienes me pararían los pies.

« A fe mía, olvidé la consigna, lo olvidé todo, y le dije:

-« Pues ¡ea, muchacha, paisanita, trote usted, y que la Virgen de la Montaña sea en su socorro!

En aquel momento pasábamos por delante de una de aquellas estrechas callejuelas como se ven tantas en Sevilla. De repente, Carmen se vuelve y me descarga un puñetazo en el pecho. Déjeme caer, adrede, de espaldas. De un brinco, salta por encima de mí y echa a correr mostrándonos un par de pantorrillas... Dicen que piernas de vascongado; pero las suyas valían. Harto más ... tan listas como bien torneadas. Levántome al instante y pongo mi lanza de través, para atajar la calle, y tan bien lo hice, que desde el primer momento quedaron detenidos los camaradas al aprestarse a perseguirla. En seguida eché a correr yo también, y ellos tras de mí; pero ¡alcanzarla! no había cuidado, con nuestras espuelas, sables y lanzas. En menos tiempo del que tardo en contárselo a usted, había desaparecido ya la presa. Por otra parte, todas las comadres del barrio favorecían su fuga y se burlaban de nosotros y nos indicaban falsa vía. Después de muchas marchas y contramarchas hubo que volver al cuerpo de guardia sin el recibo del alcaide.

“ Mis hombres, para librarse. del castigo, dijeron que Carmen me había hablado en vizcaíno, y que no parecía natural que un puñetazo de .una chiquilla como aquélla hubiese derribado tan fácilmente a un mocetón de mi fuerza. Todo eso parecía obscuro, o por mejor decir, demasiado claro. Al salir de guardia, fui degradado y enviado a la cárcel por un mes. Era mi primer castigo desde que servía. ¡Adiós los galones de sargento primero que creía ya tener!

.Mis primeros días de cárcel pasáronse muy tristemente. Al sentar plaza, habíame figurado que llegaría, cuando menos, a oficial. Longa, Mina, compatricios míos, bien son capitanes generales; Chapalangarra, que es *negro* como Mina, y que como él anda emigrado en su país de usted, Chapalangarra era coronel, y he jugado veinte veces a la pelota con su hermano, que era un pobre diablo como yo. Y decíame para mí: todo el tiempo que has servido sin mala nota es tiempo perdido. Héte ahí mal conceptuado, y para volver de nuevo al aprecio de tus jefes, te será menester trabajar diez veces más que cuando entraste de quinto. Y ¿por qué ese castigo? Por una bribona de gitana que se ha burlado de ti y que en este instante debe de estar robando por algún rincón de la ciudad. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. ¿Creeríalo usted, señor? Aquellas medias de seda agujereadas que me hizo ver hasta la liga cuando se dio a huir, teníalas siempre ante los ojos. Miraba yo por los barrotes

de la cárcel a la calle, y entre tantas mujeres como pasaban, no veía ni una sola que valiese lo que aquel diablo de muchacha. Y después, a pesar mío, sentía la flor de acacia que me había echado y que, seca, conservaba aún su buen olor... Si hay brujas, aquella muchacha lo era.

« Un día entra el carcelero y me da un pan de Alcalá.

- Tomad -me dijo,- eso que os manda vuestra prima.

« Tomé el pan, muy asombrado, pues no tenía yo ninguna prima en Sevilla.

---Quizá será una equivocación - pensé, mirando el pan; pero estaba tan apetitoso, olía tan bien, que sin inquietarme por saber de dón-

de venía y a quién estaba destinado, resolví comerlo. Al querer cortar lo encontró mi cuchillo una cosa dura. Miro y me encuentro con una pequeña lima inglesa que habían introducido en la pasta antes de que estuviese cocido. Había además en el pan una moneda de oro de dos duros. No había duda entonces: era un regalo de Carmen. Para la gente de su raza, la libertad es el todo, y pegarían fuego a una ciudad para evitarse un día de cárcel. Por otra parte, la comadre era ladina, y con aquel pan se burlaba de los carceleros. Al cabo de una hora el barroto más grueso podía quedar aserrado con la limita, y luego con la moneda de dos duros cambiaba yo en casa del primer ropavejero mi casaca de uniforme por un traje de paisano. Ya puede usted figurarse que un hombre que había ido muchas veces a saquear nidos de aguiluchos en nuestras rocas, no tendría gran dificultad para descolgarse a la calle desde una ventana apenas alta de treinta pies; pero yo no quería escaparme. Conservaba todavía mi honor de soldado y parecíame gran crimen desertar. Con todo, me afectó mucho aquella señal de recuerdo. Cuando se está en la cárcel, gústase de pensar que se tiene fuera un amigo que se interesa por uno. La moneda de oro me ofuscaba un poco y hubiera querido devolverla; pero, ¿dónde encontrar a mi acreedora? Eso no me parecía fácil.

Después de la ceremonia de la degradación, creía no tener ya nada más que sufrir, y sin embargo, quedábame todavía por devorar una cruel humillación: fue esto a mi salida de la cárcel, cuando al entrar de servicio me pusieron de centinela como soldado raso. No puede usted figurarse lo que en semejante caso le pasa a un hombre de corazón. Creo que hubiera preferido mejor que me fusilasen. A lo menos se marcha a solas, delante del pelotón; se siente algo, la gente lo mira a uno.

« Fui puesto de centinela a la puerta del coronel. Era un joven rico, buen muchacho, que gustaba de divertirse. Todos los oficiales jóvenes iban a su casa,

y muchos paisanos y mujeres también, cómicas, a lo que decían. Por lo que a mi hace, parecíame que toda la ciudad se había dado cita a su puerta para mirarme. Llega en esto el coche del coronel, con el lacayo en el pescante... y ¿a quién veo bajar? ¡La gitanilla! Iba compuesta esta vez, como un relicario, engalanada, emperejilada, todo oro y toda cintas. Un vestido de lentejuelas, zapatos azules con lentejuelas también, flores y galones por doquiera y llevaba una pandereta en la mano. Iban con ella otras dos gitanas, una joven y otra vieja. Hay siempre una vieja para jalearlas y un viejo con una guitarra, gitano también, para tocar y hacerlas bailar. Ya sabrá, usted que a menudo se divierten los señores haciendo venir gitanos a sus casas para que bailen la *romalis*, es su baile, y a menudo otra cosa muy distinta.

« Carmen me reconoció y cruzamos una mirada. Yo no sé, pero en aquel momento hubiera querido encontrarme a cien pies bajo tierra.

-Agur, laguna ⁷ -me dijo. -¡Mi sargento, está usted de centinela como un quinto!

« Y antes de que se me hubiese ocurrido una palabra que contestar, estaba ella ya en la casa.

« Toda la reunión se hallaba en el patio, y a pesar de la multitud, veía yo casi todo lo que pasaba detrás de la reja. Oía las castañuelas, la pandereta, las risas y los olés; a veces percibía su cabeza cuando saltaba con la pandereta. Luego oía a los oficiales que le decían cosas que me ponían coloradas las mejillas. De lo que ella les contestaba, nada entendía. De aquel día viene, creo yo, que me diese a amarla, porque por tres o cuatro veces me vino al pensamiento entrar en el patio y darles de sablazos a todos aquellos mequetrefes que le echaban flores. Mi suplicio duró una hora larga; después salieron los gitanos y se los llevó el coche. Carmen, al pasar, me miró con aquellos ojos que ya sabe usted, y me dijo por lo bajo:

-Paisano, cuando a uno le gustan las buenas fritadas, se va a Triana a comerlas en casa del tío Hillo Páez.

Ligera como un cabrito subióse al coche, arreó el cochero las mulas, y toda la alegre banda fuése a no sé dónde.

«Ya adivinará usted que al salir de guardia me fui a Triana, pero antes me hice afeitarse y me cepillé como para un día de parada. Estaba en casa de Hillo Páez, viejo mondonguero, gitano, negro como un moro, a cuya casa iban

muchos paisanos a comer pescado frito, sobre todo, a lo que creo, desde que Carmen había sentado allí sus reales.

- « Tío Páez- dijo así que me vio, -no sé hoy cómo matar las horas. Mañana será otro día. Vamos, paisano: daremos un paseo.

Púsose la mantilla, terciándola, y hétenos en la calle, sin saber yo a dónde iba.

- « Carmencita -le dije, - creo que tengo que darle a usted las gracias por un presente que me mandó usted cuando yo estaba en la cárcel. Comíme el pan; la lima me servirá para sacarle punta a mi lanza, y la guardo como un recuerdo de usted; pero el dinero ahí está

---¡Ay, qué Dios! ¡Se guardó los cuartos! -exclamó ella lanzando una carcajada. -Por lo demás, mejor que mejor, pues no ando ahora muy sobrada; pero, ¿qué importa? Perro que anda, no se muere de hambre ⁸ Vaya, comámoslo todo. Tú convidas.

« Habíamos tomado el camino de Sevilla. A la entrada de la calle de las Sierpes compró una docena de naranjas, un pan, salchichón y una botella de manzanilla y luego entró en casa de un confitero. Allí echó en el mostrador, con alguna plata, la moneda de oro que yo le había devuelto, acabando por pedirme todo el dinero que llevase. -Yo no tenía más que una peseta y algunos cuartos, que le di, muy avergonzado de no tener más. Tomó de todo lo que había más bonito y más caro, yemas, turrónes, frutas confitadas, mientras duró el dinero. Todo esto fue menester que lo llevase yo en cucuruchos de papel. Conocerá usted quizá la calle del Candilejo, donde hay una cabeza del rey don Pedro, que hubiera debido hacerme reflexionar. Nos detuvimos en esta calle, delante una vieja casa. Entró en el portal y llamó en el entresuelo. Una gitana, verdadera sierva de Satanás, vino a abrirnos. Carmen le dijo algunas palabras en romani. La vieja gruño primero. Para apaciguarla, dióle Carmen dos naranjas y un puñado de confites, y le permitió catar el vino. Púsole después el pañuelo sobre los hombros y la llevó a la puerta, que cuidó de atrancar perfectamente. Así que estuvimos solos, púsose a bailar y a reír como una loca, cantando:

-“ Tú eres mi *rom* , yo soy tu *romi* ⁹ .--Yo estaba en medio del cuarto, cargado con todas las compras, sin saber donde ponerlas. Ella lo echó todo por tierra y saltóme al cuello diciendo:

-¡Pago mis deudas, pago mis deudas! Esta es la ley de los Calés . ¹⁰

Ah, señor! ¡Aquel día, aquel día! Cuando yo pienso, olvido el de mañana..

Callóse el bandido, y después de haber encendido de nuevo su cigarro, continuó diciendo:

-Pasamos juntos todo el día, comiendo, bebiendo, y lo demás. Cuando se hubo atracado de confites como un chiquillo de seis años, echólos a puñados en la tinaja de la vieja.

-Es para hacerle horchata -decía.

„ Chafaba yemas arrojándolas contra la pared.

-Es para que nos dejen tranquilos las moscas -decía.

“ No hay travesura ni tontería que no hiciese. Díjele que me gustaría verla bailar; pero ¿dónde hallar unas castañuelas? Al punto cogió el único plato de la vieja, lo rompió en pedazos, y héla ahí que baila la *romalis* haciendo chasquear los pedazos de loza, como si hubiesen sido castañuelas de ébano o marfil. No se fastidiaba uno a la vera de aquella chicha, se lo aseguro a usted. Vino la noche y oí los tambores que tocaban retreta.

.-Tengo que irme al cuartel para la lista -le dije.

-¿Al cuartel? -exclamó con aire de desprecio. -¿Eres acaso algún negro para dejarte llevar a la baqueta? Eres un verdadero canario, por el traje y por el genio [11](#) . Anda, eres un gallina.

«Quedéme, resignándome por anticipado al calabozo. Por la mañana, ella fue la primera en hablar de separarnos.

-Oye, Joselito: ¿te he pagado? Según nuestra ley, nada te debía, puesto que eres un payo; pero eres un guapo mozo y me lias gustado. Estamos en paz. Hasta otra.

-“ Preguntéle cuando la volvería a ver.

-Cuando seas menos tonto - respondió riendo.

« Y luego, en tono más serio:

Sabes, hijo, que creo que te quiero un poco? Pero eso no puede durar. Perro y lobo no hacen juntos buena compañía demasiado tiempo. Quizá si siguieras la ley de Egipto, me gustaría llegar a ser tu *romi* . Pero esto son sandeces y no puede ser. ¡Bah! Chico, créeme: te has librado de buena. Has topado con el diablo; sí, con el diablo: no siempre es negro y no te ha retorcido el pescuezo. Voy vestida de lana, pero no soy carnero [12](#) . Anda y ponle un cirio a tu majarí [13](#) ; lo ha ganado bien. Vaya, adiós, otra vez. No

pienses más en la Carmencita, o te hará casar con la viuda de las patas de palo.
[14](#)

«Hablando así, quitaba la barra que cerraba la puerta, y una vez en la calle, arrebozóse en la mantilla y me volvió la espalda.

Decía verdad. Hubiera yo obrado cuerdamente en no pensar más en ella; pero desde aquel día en la calle del Candilejo no podía pensar otra cosa. Paseábame a todas horas esperando encontrármela. Pedíales noticia a la vieja y al mondonguero. Una y otro respondían que habla partido para Laloro [15](#), que así llaman ellos Portugal. Probablemente hablaban de esta suerte por encargo de Carmen, pues no tardé en saber que mentían. Algunas semanas después de mi aventura de la calle del Candilejo estaba de guardia en una de las puertas de la ciudad. A corta distancia de esta puerta había un boquete que se había abierto en la muralla de recinto; trabajábase de día para repararlo, y por la noche se colobaba allí a un centinela para impedir el matute. Durante el día, vi a Hillo Páez, que pasaba y volvía a pasar por delante del cuerpo de guardia y hablaba con algunos de mis camaradas; todos lo conocían, y todavía más sus pescados y su camarones. Acercóseme y preguntóme si había sabido algo de Carmen.

-No ,le dije.

-Pues bien: ya tendréis noticias suyas, compadre.

No se engañaba. Por la noche estuve de centinela en el boquete. Así que el cabo de guardia se hubo retirado, vi venir una mujer hacia mí. El corazón me decía que era Carmen. Grité, sin embargo:

-¡Atrás! No se pasa.

-No sea usted malo, -me dijo, dándose a conocer.

-¡Cómo! ¡Tú aquí, Carmen!

-Sí, paisano. Hablemos poco, y en razón. ¿Quieres ganarte un duro? Va a venir gente con fardos: déjales que hagan.

-No,- respondí -Debo impedir que pasen: es la consigna.

-¡La consigna! ... ¡La consigna! No pensabas tú en eso en la calle del Candilejo.

-¡Ah! -exclamé, trastornado con su solo recuerdo. -Aquello valía bien la pena de olvidar la consigna; pero no quiero dinero de contrabandistas.

-Pues, si no quieres dinero', ¿te parece que -fuésemos a comer otra vez en casa Dorotea?

-No, -dije, medio estrangulado por el esfuerzo que hacía. -No puedo.

Bueno. Pues que tan difícil eres, ya sé yo a quién he de dirigirme... Le diré a tu oficial si quiere venirse a casa de Dorotea. Parece buen muchacho y hará poner de centinela a quien no vea sino lo que quiera ver. Adiós, canario. ¡Cómo me reiré yo el día que la consigna sea que te ahorquen!

Tuve la debilidad de llamarla y prometí dejar pasar todo Egipto, si era menester, mientras yo obtuviese la sola recompensa que deseaba. Juróme que me guardaría palabra al día siguiente y corrió a avisar a sus amigos, que estaban a dos pasos. Había cinco, uno de ellos Páez, todos bien cargados de mercancías inglesas. Carmen estaba al acecho. Debía advertir con sus castañuelas así que divisase la ronda, pero no hubo necesidad. Los matuteros hicieron su negocio en un instante.

Al día siguiente fui a la calle del Candilejo. Carmen se hizo esperar y vino de bastante mal humor.

-No me gustan las gentes que se hacen de rogar, - dijo- Mayor servicio me prestaste la primera vez, sin saber si ibas a ganar algo. Ayer regateaste conmigo. No sé por qué he venido, porque ya no te quiero. Toma, vete: ahí va un duro por tu trabajo.

Poco faltó para que no le arrojase yo el duro a la cabeza, y me vi obligado a hacer un violento esfuerzo sobre mí para no pegarlo. Después de habernos estado disputando durante una hora, salí furioso. Erré algún tiempo por la ciudad, andando de aquí para allí como un loco. Finalmente., entré en una iglesia y, ocultándome en el rincón más oscuro, echéme a llorar a lágrima viva. De pronto oigo una voz:

-¡Lágrimas de cocodrilo! Quiero hacer con ellas un bebedizo.

Levanto los ojos: ¡era Carmen, delante de mí!

-Vamos, paisanito: ¿me guarda todavía inquina su merced? me dijo. -Pues ello es que a la fuerza debo yo de quererlo, porque desde que me ha dejado su merced no sé qué penilla siento aquí... Mira: ahora soy yo quien te pide si quieres venir a la calle del Candilejo.

Hicimos, pues, las paces; pero Carmen tenía el humor como es el tiempo en mi tierra. Nunca está tan cercana la borras en nuestras montañas como cuando es más brillante el sol. Habíame prometido volverme a ver otra vez en

casa Dorotea y no vino. Y Dorotea me dijo, con mucha frescura, que había ido a Laloro para negocios de Egipto.

Sabiendo ya por experiencia a qué atenerme respecto al particular, busqué a Carmen por todas partes donde yo creía pudiese hallarse, y pasé veinte veces diarias por la calle del Candilejo. Una noche estaba yo en casa de Dorotea, a quien había amansado pagándole de vez en cuando algún vaso de aguardiente, cuando entró Carmen seguida de un hombre, teniente de mi regimiento.

-Vete, -me dijo en vascuence.

Quédeme estupefacto, lleno de rabia el corazón.

-¿Qué haces aquí? -me dijo el teniente.- ¡Largo en seguida!

No podía yo dar un paso: estaba como tullido. El oficial, montando en cólera al ver que no me retiraba y que ni siquiera me había quitado la gorra de cuartel, cogióme por el cuello y me sacudió rudamente. No sé lo que le dije. Tiró de la espada y yo desenvainé. La vieja me cogió por un brazo y el teniente me dio un golpe en la frente, cuya cicatriz se conoce todavía. Retrocedí, y de un revés eché a Dorotea patas arriba; en seguida, y corno el teniente me persiguiese, asestéle la punta en el cuerpo y se clavó. Carmen apagó entonces la lámpara y dijo en su lenguaje a Dorotea que huyese. Yo mismo me puse en salvo en la calle y eché a correr sin saber a donde. Parecíame que alguien me seguía. Cuando volví en mí, encontréme con que Carmen no me había dejado.

-¡Tontazo de canario! -me dijo -No sabes hacer más que necedades. Ya te dije yo que tenía mala sombra; pero para todo hay remedio cuando se tiene por buena amiga una flamenca de Roma ¹⁶. Empieza por ponerte este pañuelo en la cabeza y venga ese cinturón. Espérame en esta entrada. Dentro de diez minutos vuelvo.

Desapareció y pronto me trajo una manta rayada que había ido a buscar no sé a donde. Hízome quitar el uniforme y ponerme la manta sobre la camisa. Arreado de esta manera, con el pañuelo que vendaba la herida que tenía en la cabeza, parecíame bastante a esos valencianos que hay en Sevilla, que vienen a vender su horchata de chufas. Llevóme después a una casucha a corta diferencia como la de Dorotea, en el fondo de una callejuela. Ella y otra gitana me lavaron, me curaron mejor de lo que hubiera podido hacerlo el físico, diéronme á

beber no sé qué y, por fin, echéme sobre un colchón y me dormí.

Probablemente aquellas mujeres habían mezclado en mi bebida alguna de esas drogas soporíficas cuyo secreto conocen, porque no me desperté hasta muy entrada la mañana. Tenía mucho dolor de cabeza y un poco de calentura. Fue me-nester algún tiempo para que me reapareciese el recuerdo de la terrible escena en que había tomado parte la víspera. Después de haber curado mi herida, Carmen y su amiga, puestas en cucullas a la vera de mi colchón, cambiaron algunas frases en *chipe calli*, que parecían ser una consulta médica. Luego me aseguraron ambas que quedaría curado dentro poco, pero que era preciso salir de Sevilla cuanto antes, pues, de ser cogido, iba a ser fusilado, sin remisión.

-Muchacho, -me dijo Carmen, -es menester que hagas algo. Ahora que el rey no te dará ya arroz ni bacalao, hay que pensar en ganarte la vida. Eres demasiado torpe para robar *a pastesa* ¹⁷, pero pareces bien dispuesto y fuerte. Si tienes pecho, vete a la costa y hazte contrabandista. ¿No te he prometido hacer que te ahorquen? Vale más esto que no ser fusilado. Por otra parte, si sabes entenderlo, vivirás como un príncipe hasta tanto que los miñones y los carabineros te echen mano.

De esta halagüeña manera mostróme aquel diablo de muchacha la nueva carrera que me destinaba, única, a la verdad, que me quedaba desde el momento en que había yo incurrido en pena capital. ¿Quiere usted que le diga la verdad, señor? Convencióme Carmen sin gran esfuerzo. Parecíame que me unía más íntimamente con ella con aquella vida de azares y rebelión. Desde entonces creí asegurarme su amor. Había oído hablar de algunos contrabandistas que recorrían Andalucía montados en un buen caballo, con el trabuco en el puño y su querida a la grupa. Veíame ya trotando por montes y valles con la gentil gitana detrás de mí. Cuando yo le hablaba de esto reíase hasta desternillarse y me decía que nada había tan hermoso como una noche pasada en el vivac, cuando cada rom se retira con su romi bajo la tiendecilla formada por tres aros, con un cobertor encima.

-Si nunca te tengo, en el monte, -decíale yo, -estaré seguro de ti. Allí no habrá teniente para partir conmigo.

-¡Ah! Conque ¿eres celoso? -respondió ella. -Tanto peor para ti. ¿Cómo eres bastante tonto para eso? ¿No ves que te quiero, pues no te he pedido dinero nunca?

Cuando hablaba así, me entraban ganas de estrangularla.

Para abreviar, señor, diré a usted que Carmen me buscó un traje de paisano, con el cual salí de Se-villa sin ser reconocido. Fui a Jerez con una carta de Páez para un tabernero en cuya casa se reunían contrabandistas. Presentáronme a aquella gente, cuyo jefe, llamado el Dancaire, me recibió en la partida. Marchamos a Gaucin, donde encontré a Carmen, que nos había dado cita para allí. En las expediciones servía de espía a nuestra gente y no la hubo jamás mejor. Volvía de Gibraltar y había arreglado ya con un patrón de barco el embarque de mercancías inglesas que debíamos recibir en la costa. Fuimos a esperarlas cerca de Estepona; luego ocultamos parte de ellas en la sierra, y cargados eón el resto, nos dirigimos a Ronda. Carmen nos había, precedido, siendo ella también la que nos indicó el momento en que debíamos entrar en la ciudad. Este primer viaje y algunos otros fueron afortunados. La vida de contrabandista me gustaba más que la de soldado: hacía regalos a Carmen, tenía dinero y una querida. No me asaltaban muchos remordimientos, porque, como dicen- los gitanos, sarna con gusto no pica”. ¹⁸ Eramos bien recibidos en todas partes; mis compañeros me trataban bien y hasta me daban muestras de consideración. La razón era porque yo había muerto un hombre y entre ellos había quienes no tenían semejante hazaña sobre la conciencia. Pero lo que me aficionaba más que nada a mi nueva vida, era que veía a Carmen a menudo. Mostráb1me más amistad que nunca. Sin embargo, delante de los camaradas no quería convenir en que fuese mi querida, y aun me había hecho jurar, con toda suerte de juramentos, que nada les dijese sobre ella. Era yo tan débil con aquella criatura, que obedecía a todos sus caprichos. Por otra parte, era la primera vez que se me mostraba con la reserva de una mujer honrada, y era yo bastante simplaina para creer que se había corregido verdaderamente de sus maneras de antes.

Nuestra partida, que se componía de ocho o diez hombres, sólo se reunía en los momentos decisivos, y de ordinario estábamos dispersos de dos en dos o de tres en tres por ciudades y lugares. Cada uno de nosotros pretendía ejercer un oficio: ése, calderero; aquél, chalán; yo era mercader de lienzos, pero no solía dejarme ver en las poblaciones grandes, con motivo de mi asunto de Sevilla. Un día, 6, por inejor decir, una noche, nuestra cita era debajo de Veguer. El Dancaire y yo llegamos allí antes que los otros. Parecía muy alegre.

-Vamos a tener un camarada más, -me dijo; -Carmen acaba de dar uno de sus mejores golpes. Ha logrado hacer escapar a su rom, que estaba en el presidio de Tarifa.

Empezaba yo a comprender el gitano, que hablaban casi todos mis camaradas, y esta palabra de *rom*, me produjo un sobresalto.

-¡Cómo! ¡Su marido! ¿Es casada, pues preguntéle al capitán.

-Sí, -respondió, -con García *el Tuerto*, un gitano tan ladino como ella. El pobre muchacho estaba en galeras. Carmen ha camelado tan perfectamente al cirujano del presidio, que ha obtenido de él. la libertad del preso. ¡Ah! Vale más oro que pesa esa chica. Hace dos años que trataba de hacerle escapar. Nada valió hasta que se les ha ocurrido cambiar al mayor. Con este de ahora parece que ha encontrado pronto la manera de entenderse.

Puede usted figurarse el gusto que me dio aquella noticia. Pronto vi a García *el Tuerto*. Era, ciertamente, el más ruin monstruo que haya habido nunca en la gitanería. Negro de color y más negro de alma, era el más redomado pícaro que haya encontrado yo en toda mi vida, Carmen vino con, él, y cuando ella le llamaba su *rom*, delante de mí, era menester ver los ojos que me ponía, y sus muecas cuando, García volvía la cabeza. Yo estaba indignado y no le habla -por la noche. Por la mañana habíamos cargado los fardos y estábamos ya en camino, cuando vimos que nos venían a la zaga una docena de jinetes. Los fanfarrones andaluces que no hablaban más que de pasarlo todo a degüello, pusieron todos unas caras muy largas. Fue un sálvese quien pueda general. El Dancaire, García, un guapo muchacho de Ecija llamado *el Remendado* y Carmen, no perdieron, sin embargo, la cabeza. El resto había abandonado los mulos y habíase lanzado a los barrancos, donde no podían seguirlos los caballos. Por nuestra parte, como no podíamos conservar nuestras cabalgaduras, nos apresurarnos a descargar lo mejor del botín y llevarlo a cuestras, tratando enseguida de salvarnos a través de las rocas por las pendientes. Más rápidas. Echábamos los fardos por delante y los seguíamos lo mejor que se podía, resbalando sobre los talones. Entretanto, el enemigo nos enviaba confites que era un gusto; no había yo oído nunca silbar las balas, pero no me causó gran impresión. Cuando se está a la vista de una mujer, no tiene gran mérito burlarse de la muerte. Escapamos todos menos el pobre *Remendado*, que recibió un tiro en los riñones. Tiré ¡ni fardo y traté de cargármelo.

¡Imbécil! -me gritó García-¿ Estamos aquí para recoger carroñas? Remátalo y no pierdas esas medias de algodón.

-¡Suéltalo! -me gritaba Carmen.

La fatiga me obligó a depositarlo un momento al abrigo de una roca. García se adelantó y le disparó un trabucazo a la cabeza.

-Listo Ira de ser quien lo reconozca ahora, dijo mirando la cara, que había quedado destrozada por doce balazos.

He ahí, señor, la buena vida que he llevado. Por la noche nos encontramos en un matorral, rendidos de fatiga, sin tener nada que comer y arruinados por la pérdida de nuestros mulos. ¿Qué hizo este infernal García? Sacó una baraja de su bolsillo y se puso a jugar con el Dancaire a la luz de una hoguera que encendieron. Durante este tiempo habíame yo echado, mirando las estrellas, pensando en, el *Remendado* y diciéndome que preferiría hallarme en su lugar. Carmen estaba acurrucada cerca de mí, repicando de vez en cuando las castañuelas y canturriando. Enseguida, acercándose como para hablarme al oído, me besó, a pesar mío, dos o tres veces.

-Eres el diablo, le dije.

-Sí, -me respondió ella.

Después de algunas horas de descanso fuese a Gaucín, y a la mañana siguiente vino un cabrerillo a traernos pan. Permanecimos allí todo el día, y por la noche nos acercamos a Gaucín. Esperábamos noticias de Carmen. Nadie venía. Al rayar el alba vimos a un acemilero que conducía a una mujer bien vestida, con un quitasol, y a una muchacha que parecía su criada. García nos dijo:

-He ahí dos mulos y dos mujeres que San Nicolás nos envía. Preferiría cuatro mulos, pero no importa: ya me sale a cuenta.

Tomó el trabuco y bajó hacia el sendero ocultándose entre los jarales. Seguíamoslo el Dancaire y yo, a corta distancia. Cuando estuvimos a tiro, nos dejamos ver y gritarnos: ¡alto! al acemilero.

Al vernos, la mujer, en lugar de asustarse, y para ello bastaba nuestra facha, prorrumpió en una gran carcajada.

-¡Ah! ¡Qué *lipendis* esos, que me tornan por una *erani*! [19](#)

Era Carmen; pero tan bien disfrazada, que no la habría reconocido hablando otra lengua. Saltó de la mula y habló algún tiempo en voz baja con el Dancaire y García, diciéndome después:

---Canario, ya nos veremos antes de que te ahorquen. Voy a Gibraltar para asuntos de Egipto. Pronto oiréis hablar de mí.

Nos separamos después de habernos ella indicado un lugar donde podríamos encontrar albergue por algunos días. Esta muchacha era la Providencia de nuestra partida. Pronto recibimos algún dinero que nos mandó y un aviso que para nosotros valía más: era que tal día partirían dos milores ingleses que irían de Gibraltar a Granada por tal camino. A buen entendedor, pocas palabras le bastan. Tenían muchas y buenas guineas. García quería matarlos; pero el Dancaire y yo nos opusimos. No -les quitamos más que el dinero y los relojes, además de las camisas, de que teníamos gran necesidad.

Señor, uno se vuelve pícaro sin pensarlo. Una muchacha bonita nos hace perder la cabeza; se bate uno por ella, sucede una desgracia, hay que vivir en el monte, y, de contrabandista, uno para en ladrón antes de haberlo reflexionado. Juzgamos que no nos convenían los alrededores de Gibraltar después del asunto de los milores y nos internamos en la Sierra-nía de Ronda. Me ha hablado usted de José Maria. Mire usted: allí trabé conocimiento con él. Llevaba a su querida en sus expediciones. Era una linda joven, cuerda, modesta, de buenos modales; jamás una palabra malsonante, y, con este, un desinterés... En cambio, el la hacia muy desgraciada. Iba siempre tras de las mujeres, la maltrataba y después, a veces, se le antojaba hacerse el celoso. Una vez le dio una cuchillada. Pues eso no hacía sino que le quisiera más. Las mujeres son así, sobre todo las andaluzas. Esa estaba muy pagada de la cicatriz que tenía en el brazo, y la enseñaba como la cosa más hermosa del mundo. Y luego José María, para acabar de completar la fiesta, era el peor camarada que pudiese imaginarse nadie. En una expedición que hicimos, se arregló tan bonitamente, que le tocó a él todo el provecho y a nosotros los porrazos y lo peliagudo del negocio. Pero vuelvo a mi historia . No oímos hablar de Carmen. El Dancaire dijo:

-Es menester que uno de nosotros vaya a Gibraltar para saber noticias. Debe haber preparado algún negocio. Yo iría de buena gana, pero soy demasiado conocido por aquellos barrios.

El *Tuerto* dijo:

-También me conocen a mí. ¡ Les he hecho tantas jugarretas a los *Cangrejos!* *Y como* no tengo más que un ojo, me es difícil disfrazarme.

-¿Es menester, pues, que vaya yo? -dije a mi vez, encantado con la sola idea de volver a ver a Carmen. -.Veamos: ¿qué hay que hacer?

Los otros me dijeron:

-Haz como que te embarcas para ir a San Roque, o pasas por allí, como quieras, y cuando estés en Gibraltar preguntas en el puerto dónde vive una chocolatera que llaman la Rollona. Cuando la hayas encontrado, sabrás por ella lo que ocurre por allá.

Convínose en que partiríamos los tres para la Sierra de Gaucín, que yo dejaría allí a mis dos camaradas y que me iría a Gibraltar disfrazado de frutero. En Ronda me había procurado un pasaporte un hombre que estaba a nuestra devoción; en Gaucín me dieron un borrico; carguélo de naranjas y melones y púseme en camino. Llegado a Gibraltar, encontréme con que conocían muy bien a la Rollona, pero había muerto o se había ido a *finibus terrae* ²⁰, y su desaparición explicaba, a mi juicio, como habíamos perdido el medio de entendernos con Carmen. Dejé mi asno en un establo y, tomando las naranjas, fuíme por la ciudad como para venderlas, pero, en realidad, para ver si encontraría quizá alguna cara conocida. Hay allí mucha canalla de todos los países y es aquello la Torre de Babel, pues no pueden darse diez pasos por una calle sin oír hablar otras tantas lenguas. Veía muchos hijos de Faraón, pero no me atrevía a fiarme gran cosa de ellos: los tanteaba y me tanteaban. Pronto adivinábamos que éramos unos tunos, pero lo importante era saber si éramos de la misma banda. Al cabo de dos días pasados en inútiles correrías, nada había logrado saber ni tocante a la Rollona, ni tocante a Carmen, y pensaba ya en volverme al lado de mis camaradas después de haber hecho algunas Compras, cuando al pasearme por una calle, al ponerse el sol, oigo una voz de mujer que desde una ventana me dice:

-¡Naranjero!

Levanto la cabeza y veo en un balcón a Carmen, puesta de codos con un oficial de encarnado, charreteras de oro, pelo rizado y facha de milor gordo. Ella, a su vez, iba magníficamente vestida; un chal sobre los hombros, peineta de oro, toda de seda, y la buena pieza, ¡siempre la misma! reía que se desternillaba. El inglés, chapurreando el castellano, gritóme que subiese, que la señora quería naranjas, y Carmen me dijo en vascuence:

- Sube y no te asombres de nada.

Nada, en efecto, debía asombrarme de su parte. No sé si me dio más alegría que pena el encontrarla. Había a la puerta un gran criado inglés, empolvado, que me condujo a un salón magnífico. Carmen me dijo al punto en vascuence:

-No sabes una palabra de español, ni me conoces.

Luego, volviéndose al inglés:

-Bien os lo decía yo: enseguida he visto que era un vasco; vais a oír qué demontre de lengua. ¿Qué aire tan tonto tiene, verdad? Parece un gato sorprendido en la despensa.

-Pues mira que tú, -le dije,- tienes el aire de una desvergonzada zurróna, y ganas me dan de llenarte la cara de dedos delante de tu galán.

-¡Mi galán! -exclamó ella- ¡Toma! ¿Todo eso has adivinado tú solito? ¿Y estás celoso de este imbécil? Todavía eres más tonto que cuando nos dábamos cita en la calle del Candilejo. ¿No ves tú., pedazo de cernícalo, que armo en este momento los negocios de Egipto, de la manera más brillante? Esta casa es mía, y las guineas del *cangrejo* serán para mí; lo llevo por donde quiero y lo llevaré donde no pueda salir más.

-Pues yo, - le dije, - si sigues armando de esta manera los negocios de Egipto, lo haré tan bien, que no podrás empezarlos otra vez.

-¡Ah! ¡Bueno está eso! ¿Eres tú mi rom para mandarme? El *Tuerto lo* encuentra bien: ¿qué tienes tú que ver? ¿Acaso no deberías darte por muy contento con ser el único que pueda llamarse mi *minchorro*? ([21](#))

-¿Qué dice?- preguntó el inglés.

-Dice que tiene sed y que bebería un trago, -respondió Carmen. Y se echó sobre un sofá, muriéndose de risa con la traducción.

Señor, cuando aquella chica reía no había manera de hablar en razón. Todo el mundo reía con ella. El inglés se echó a reír también como un imbécil, que tal era, y ordenó me trajesen de beber.

Mientras bebía:

-¿Ves esta sortija que llevo en el dedo? me dijo ella -Si tú quieres, te la daré.

Yo respondí:

-Un *dedo daría* por tener a tu milord en el monte, cada uno con la maquila en el puño.

-¿Maquila? ¿Qué querer decir eso? -preguntó el inglés.

-Maquila, -dijo Carmen, riendo siempre, -es una naranja. ¿Verdad que es una palabra bien estrambótica para decir naranja? Dice que quisiera haceros comer maquila.

-¿Sí? -dijo el inglés. -Pues bien: llevar mañana también maquila.

Mientras hablábamos entró el criado y dijo que estaba puesta la mesa. Entonces el inglés se levantó, me dio un peso, y ofreció el brazo a Carmen, como si no pudiese andar sola. Carmen, riendo siempre, me dijo:

---Chico, no puedo convidarte a comer; pero mañana, así que oigas el tambor que toca a parada, ven aquí con naranjas. Encontrarás un cuarto mejor alhajado que el de la calle de Candilejo y verás si soy siempre tu Carmencita. Y luego hablaremos de los asuntos de Egipto.

Nada respondí, y estaba ya en la calle cuando oía todavía al inglés, que me gritaba:

-¡Traiga osté maquila mañana!

Y oía las risotadas de Carmen.

Salí no sabiendo lo que hacía; no dormí casi y por la mañana encontrábame montado en tanta cólera contra la traidora, que había resuelto partir de Gibraltar sin volverla a ver; pero al primer redoble de tambor abandonóme todo ¡ni coraje; tomé mi cesto de naranjas y corrí a casa de Carmen. Las persianas estaban entreabiertas y vi sus grandes ojos negros que me acechaban. El criado empolvado me introdujo al momento; Carmen le dio un encargo, y así que estuvimos solos, soltó una de sus carcajadas de cocodrilo y se arrojó a mi cuello. No la había visto nunca tan hermosa. Adornada como una Virgen, perfumada... muebles de seda, cortinajes bordados... ¡ah!... y yo me portaba como un ladrón, tal como era.

- ¡Mínchorro! -decía Carmen. -Me dan ganas de romper todo esto, pegar fuego a la casa y huir a la sierra.

¡Y qué ternezas! ¡Y después qué risas!... Y bailaba, y rasgábase los falbalaes. Nunca hubo mono que hiciese más cabriolas, muecas ni díabloras. Cuando volvió a ponerse seria:

-Oye -me dijo; -Se trata de Egipto. Quiero que me lleve a Ronda, donde tengo una hermana monja... (Aquí nuevas risotadas). Pasaremos por un sitio que ya te mandaré decir. Caéis sobre él y le afeitáis. Lo mejor sería despacharlo; pero -añadió con una sonrisa diabólica que tenía en ciertos momentos, y aquella sonrisa nadie tenía entonces. ganas de imitarla, ¿Sabes lo que habría que hacer? Que *el Tuerto* se adelantase el primero. Teneos vosotros algo detrás; el cangrejo es valiente y diestro; tiene buenas pistolas... ¿Comprendes?...

« Carmen se detuvo, con una nueva carcajada que me hizo estremecer.

-No -le dije, -aborrezco a García, pero es mi camarada. Quizá algún día te desembarazaré de él; pero arreglaremos nuestras cuentas a la manera de mi país. . No soy gitano sino por casualidad, y para ciertas cosas seré siempre navarro fino, como dice el refrán.

---¡Eres un animal -repuso ella; -un necio, un verdadero payo! Eres como el enano que se cree grande cuando ha podido escupir lejos. [22](#)

No me quieres: vete.

« Cuando ella me decía: «Vete», no podía yo irme. Prometí partir, volver al lado de mis camaradas y esperar al inglés. Por su parte, prometiome estar enferma hasta el momento de salir de Gibraltar para Ronda. Permanecí aún dos días más allí. Ella tuvo la osadía de venir a verme, disfrazada, en mi posada. Partí: también yo tenía mi plan. Volví a nuestro punto de cita sabiendo el sitio y la hora a que debían pasar el inglés y Carmen. Encontré al Dancaire y García que me esperaban. Pasamos la noche en un bosque, alrededor de un fuego de piñas que ardía que era un gusto. Propuse a García jugar a las cartas. Aceptó. a la segunda partida díjele que era un follero y se echó a reir. Arrojéle los naipes a la cara. Quiso coger el trabuco; puse el pie encima y le dije:

Dicen que sabes jugar a la navaja como el mejor jaque de Málaga. ¿Quieres probarlo conmigo?

-El Dancaire quiso separarnos. Yo lo había dado dos o tres puñetazos a García. La cólera le había vuelto valiente; sacó su navaja y yo la mía. Dijímosle los dos al Dancaire que nos dejase el campo libre y jugar limpio. Vio que no había medio de contenernos y se apartó. García estaba ya agachado, en acecho, como un gato pronto a lanzarse contra un ratón. Tenía su calañés en la mano izquierda, para parar; la navaja adelante. Es como se ponen en guardia los andaluces. Yo me puse a la navarra, derecho enfrente de él, levantado el brazo izquierdo, la pierna izquierda hacia adelante, la navaja a lo largo del muslo dererecho. Sentíame más 'fuerte que un gigante. Lanzóse sobre mí como una fecha; volvíme sobre el pie izquierdo y no encontró ya nada delante de sí; pero yo le alcancé en el cuello, y la navaja entró tan hondo, que mi mano quedó bajo su barbilla. Revolví la hoja con tanta fuerza que se rompió. Estaba acabado. La hoja salió de la herida, lanzada por un borbotón de sangre grueso como un brazo. Cayo de bruces, tieso como un poste.

-¡Qué has hecho!- me dijo el Dancaire.

- Oye- le dije; -no podíamos vivir juntos. Quiero a Carmen y quiero ser solo. Por otra parte, García era un tunante y me acuerdo bien de lo que le hizo al pobre *Remendado*. No somos ya más que dos, pero somos gente formal.

Vaya: ¿me quieres por amigo en vida y muerte?

« El Dancaire me alargó la mano. Era hombre de unos cincuenta años.

-«¡Al. diablo los amoríos! -exclamó- Si le hubieses pedido a Carmen te la hubiera vendido por un peso. No somos más que dos: ¿cómo vamos a hacerlo mañana?

_«Déjame hacerlo todo solo -le respondí -Me burlo yo ahora del mundo entero.

«Enterramos a García y fuimos a plantar nuestro campo a doscientos pasos de allí. Al día siguiente Carmen y su inglés pasaron con dos acemileros, y un criado. Yo le dije al Dancaire:

_« Me encargo del inglés. Espanta a los otros: no van armados. El inglés tenía alma. Si Carmen no le hubiese dado en el brazo me mataba. En una palabra: volví a conquistar a Carmen aquel día, y mi primera palabra fue decirle que era viuda. Cuando supo cómo había pasado la cosa:

Siempre serás un *lipendi* -me dijo; -García debía matarte. Tu quite a la navarra no es más que una sandez, y a otros más diestros que tú has mandado al otro mundo. Es que había llegado , su día. Ya vendrá el tuyo.

---Y el tuyo -respondí, -si no eres -para mí una verdadera romi.

_«Que me place -dijo ella- Más de una vez he visto en los bagazos de café que debíamos acabar juntos. ¡Bah! ¡Salga el sol por Anteguera!

~Y repicó las castañuelas, cosa que hacía siempre que quería desechar alguna idea portuna.

-Cualquiera se distrae cuando habla de Sí. Todos esos pormenores le aburren a usted, sin duda; pero pronto habré acabado. La vida que llevábamos duró por un tiempo bastante largo. El Dancaire y yo nos habíamos asociado algunos camaradas más seguros que los primeros y nos ocupábamos en contrabando, si bien algunas veces, hay que confesarlo, salíamos al camino real, pero esto tan sólo en último extremo y cuando no podíamos pasar por otra cosa. Hay que decir también que no maltratábamos a los viajeros y que nos limitábamos a quitarles el dinero. Durante algunos meses estuve contento de Carmen. Continuaba siéndonos útil para nuestras operaciones y nos avisaba los buenos golpes que podíamos dar. Estábase ya en Málaga, -ya en Córdoba,

ya en Granada; pero a una palabra mía lo dejaba todo y venía a encontrarme en cualquier venta aislada y hasta en el vivac. Una vez solamente, era en Málaga, dióme alguna inquietud. Supe que andaba en líos con un negociante muy rico, con el cual se proponía probablemente comenzar de nuevo la bromita de Gibraltar. a pesar de todo lo que. me dijo el Dancaire para detenerme, partí y entré en Málaga en pleno día. Busqué a Carmen y me la llevé enseguida. Tuvimos una agria explicación.

-¿Sabes -me dijo,- que desde que eres mi rom de veras te quiero menos que cuando eras mi *minchorro*? No me gusta que me atormen-ten, ni, sobre todo, que me manden. Lo que yo quiero es ser libre y hacer lo que me dé la gana. Y cuidado con apurarme. Si me fastidias, ya encontraré algún guapo mozo que hará contigo lo que hiciste con *el Tuerto*.

« El Dancaire nos puso en paz; pero nos habíamos dicho cosas que nos habían llegado al corazón y no éramos ya como antes. Poco después nos acaeció una desgracia. Sorprendiéonos la tropa; el Dancaire quedó muerto, lo mismo que dos de mis camaradas, y otros dos fueron aprehendidos. Yo salí gravemente herido, y sin mi buen caballo hubiera caído en manos de los soldados. Extenuado de fatiga, y con una bala en el cuerpo, fui a ocultarme en un bosque con el único compañero que me quedaba. Desmayéme al bajar del caballo y creí que iba a reventar en los brezos como una liebre que ha recibido un perdigonazo. Mi camarada me llevó a una cueva que sabíamos y después fue a buscar a Carmen. Estaba en Granada y acudió al instante. Durante quince días no me abandonó un solo momento. No cerraba los ojos y me cuidó con una destreza y atenciones tales como jamás ninguna mujer las haya tenido con el hombre más amado. Así que pude tenerme en pie, me llevó á. Granada con el mayor secreto. Los gitanos encuentran en todas partes asilos seguros, y pasé, más de seis semanas en una casa, dos puertas más abajo del corregidor que me buscaba. Más de una vez, mirando por detrás de los postigos, lo vi pasar. Por fin, me puse bueno; pero yo había hecho mis reflexiones mientras estuve en cama sufriendo, y proyectaba cambiar de vida. Hablé a Carmen de abandonar España y de tratar de vivir honradamente en América. Burlóse de mí.

-No hemos nacido para plantar coles -me dijo; -nuestro destino es vivir a costa de los payos. Mira: he arreglado ya un negocio con Nathan-ben-Josef de Gibraltar. Hay cotonadas que no esperan más que tú vayas para pasar. Sabe

que estás vivo. Cuenta contigo. ¿Qué dirían nuestros corresponsales de Gibraltar si les faltases a la palabra?

-Dejéme arrastrar y volví a emprender mi desdichado comercio.

. « Mientras permanecí oculto en Granada hubo corridas de toros a las cuales fue Carmen. Al volver habló mucho de un picador llamado Lucas. Sabía el nombre de su caballo y cuanto le costaba su chaqueta bordada. No paré atención en ello. Juanito, el camarada que me había quedado, díjome al cabo de algunos días que había visto a Carmen con Lucas en una tienda del Zacatín. Esto comenzó a alarmarme. Pregunté a Carmen cómo y por qué había trabado conocimiento con el picador.

_« Es un mozo -me dijo, -con quien se puede hacer negocio. Río que mete ruido lleva agua o guijarros. Ha ganado sesenta pesos en las corridas. De las dos cosas una: o hay que tener ese dinero, o bien, como es buen jinete y tiene muchas agallas, se le puede alistar en la partida. Han muerto aquél y el otro y tienes necesidad de reemplazarlos. Llévalo contigo.

-No quiero- respondí,- ni su dinero ni su persona, y te prohibo que le hables.

-¡Anda con cuidado!- me dijo ella -Cuando me desafían a que haga una cosa, pronto queda hecha.

« Por dicha, el picador se marchó a Málaga y yo contraí la obligación de hacer entrar las cotonadas del judío. Dióme mucho que hacer aquel alijo, y también a Carmen, y olvidéme de Lucas. Quizá también lo olvidó ella, de momento cuando menos. Por entonces fue, señor, cuando lo encontré a usted, primeramente cerca de Montilla y después en Córdoba. Quizá sepa usted más que yo sobre este particular. Carmen le robo a usted el reloj; quería también el dinero y, sobre todo, esta sortija que veo en su dedo de usted, y que, según decía ella, era un anillo mágico que le importaba mucho poseer. Tuvimos una violenta disputa y le pegué. Ella palideció y lloró. Era la primera vez que la veía llorar, y esto me hizo un efecto terrible. Pedíle perdón, pero estuvo de murria todo el día, y cuando volví a partir para Montilla no quiso darme un beso. Hallábame muy apesadumbrado, cuando tres días después vino a encontrarme con el aire risueño y alegre como unas pascuas. Todo quedaba olvidado y parecíamos

-novios de dos días. En el momento de separarnos, me dijo: -Hay feria en Córdoba. Voy allí y después sabré decirte la gente que se va con dinero.

« La dejé partir. Ya a solas, pensé en esta feria y en el cambio de humor de Carmen,

-Menesteres que se haya vengado ya -me dije, puesto que ha venido primero.

«Un gañán me dijo que había toros en Córdoba. He ahí mi sangre que hierve, y, como un loco, parto y me voy a la plaza. Enseñáronme a Lucas y en la contrabarrera distinguí a Carmen. Bastóme verla un minuto para no caberme duda de nada. Lucas, en el primer toro, hizo el corazón fuerte, como había yo previsto. Arrancó la divisa del bicho y se la trajo a Carmen, que se la puso enseguida en la, cabeza. El toro se encargó de vengarme. Lucas fue derribado, con el caballo sobre el pecho, y el toro por encima de los dos. Miré a Carmen y ya no estaba en su sitio. Érame imposible salir de donde yo me hallaba y me ví obligado a esperar a que acabase la corrida. Entonces me fui a la casa que usted ya sabe y me estuve allí callandito el resto de la tarde y parte de la noche. a eso de las dos volvió Carmen y quedó algo sorprendida al verme.

-Ven conmigo - le dije.

- « Bueno -respondió ella; -partamos.

«Fui a buscar mi caballo, coloquéla sobre la grupa y marchamos todo lo que quedaba de noche sin decirnos palabra. Al rayar el día nos detuvimos en una venta aislada, bastante cerca de una hermita. Díjele a Carmen:

-Escucha: todo lo doy por olvidado. No te hablaré de nada, pero júrame una cosa, y es que vas a seguirme a América y que te estarás quieta. '

-«No -dijo ella en tono enfurruñado, -no quiero ir a América. Me encuentro bien aquí.

-Será porque estás cerca de Lucas, pero piénsalo bien. Si cura, no será para que se le hagan viejos los huesos. Por lo demás, ¿para qué habérmelas con él? Estoy cansado de matarte todos los amantes: tú eres a quien mataré,

« Ella me miró fijamente con su mirada salvaje y me dijo:

-Siempre he pensado que me matarías. La primera vez que te vi acababa de encontrar un cura a la puerta de mi casa. Y esta noche, al salir de Córdoba, ¿nada has visto? ' Una liebre ha atravesado el camino, entre los pies de tu caballo. Está escrito.

-Carmencita -le pregunté, -¿es que no me quieres ya?

« Ella no respondió nada. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una estera y hacía rayas en el suelo con el dedo.

-Mudemos de vida, Carmen -le dije con tono suplicante. -Vamos a vivir a alguna parte donde no estaremos nunca separados. Sabes que tenemos no lejos de aquí, bajo una encina, ciento veinte onzas enterradas... Después, tenemos, todavía fondos en casa del judío BenJoséf.

«Sonrióse y me dijo: -Primero yo y después tú. Yo sé muy bien que debe suceder así.

_« Reflexiona -repliqué; -se me acaba ya la paciencia y el valor: decídate o tomaré una resolución.

«Dejéla y me fui a pasear por la parte de la ermita. Encontré al ermitaño que rezaba. Esperé que hubiese acabado el rezo. También hubiera querido rezar yo, pero no podía. Cuando se levantó me fui a él.

_«Padre -le dije, -¿quiere usted rogar por alguien que se encuentra en gran peligro?

-Yo ruego por todos los afligidos -díjo.

-Podéis decir una misa por un alma que quizá va a comparecer pronto ante su Criador? . -Sí -respondió mirándome fijamente. -Y como había en mi aire algo de extraño, quiso, hacerme hablar.

-Me parece que le he visto a usted -dijo.

Puse un duro en un banco.

-«¿ Cuándo dirá usted la misa? -le pregunte.

-« Dentro de media hora. El chico del posadero de allá abajo va a ayudarla. Dígame usted, joven: ¿no lleva usted en la conciencia algo que le atormenta? ¿Quiere usted escuchar los consejos de un cristiano?

« Sentíame a punto de llorar. Díjele que volvería y eché a correr. Fui a tenderme sobre la hierba hasta que oyese la campana. Entonces me acerqué, pero quedéme fuera de la capilla. Cuando la misa estuvo dicha, volví a la venta. Esperaba casi que Carmen hubiese huido; habría podido tomar mi caballo y escapar... pero la encontré allí. No quiso que pudiera decirse que yo la hubiese dado miedo. Durante mi ausencia había descosido el ribete de sus sayas para - sacar los plomos. A la sazón estaba delante de una mesa mirando, en un lebrillo lleno de agua, el plomo que había hecho derretir y acababa de echar. Estaba tan ocupada en su magia, que no reparó primeramente en mi vuelta.

Ora tomaba un pedazo de plomo y lo volvía de todos lados con aire triste, ora cantaba una de esas canciones mágicas en las que invocan a María de Padilla, la querida del rey don Pedro, que fue, según dicen, la *Bari Crallisa* o gran reina de los gitanos. [23](#)

-« Carmen - le dije, - ¿quieres venirte conmigo?

-Levantóse, echó a rodar el barreño y se puso la mantilla en la cabeza, como pronta a salir. Trajéronme mi caballo, subió a la grupa y nos alejamos.

-Así, pues, Carmen mía -le dije al cabo de un rato de camino, -quieres seguirme: ¿no es eso ?

- « Te sigo a la muerte, sí, pero no viviré más contigo.

- Estábamos en una garganta solitaria, detuve mi caballo.

Aquí es? –dijo - Y de un brinco, se puso en el suelo. Quitóse la mantilla, echóla a sus pies y se mantuvo inmóvil, con un puño en la cadera, mirándome de hito en hito:

-Quieres matarme, ya lo veo -dijo;- está escrito, pero no me harás ceder.

-Mira, te lo ruego -dije, -sé razonable. Óyeme: todo lo pasado está olvidado. Y, sin embargo, bien lo sabes, tú eres quien me ha perdido; por ti he llegado a ser un ladrón y un asesino.. . ¡Carmen! ¡Mi Carmen! ¡Déjame salvarte y salvarme contigo!

- José -respondió ella, -me pides un imposible. No te quiero ya; tú me quieres todavía, y por eso quieres matarme. Podía decirte todavía cualquier mentira, pero no quiero tomarme ese trabajo. Todo está acabado entre los dos. Como mí rom, tienes el derecho de matar a tu romi, pero Carmen será siempre libre. Cali ha nacido y cali morirá.

-¿Amas, pues, a Lucas? -le pregunté.

-Sí, lo he amado, como a ti, un instante ¡llenos que a ti, quizá. Ahora ya no quiero nada y me aborrezco por haberte querido.

Echéme a sus pies, le cogí las manos, las regué con mis lágrimas. Recordéle todos los momentos de dicha que habíamos pasado juntos. Ofrecí seguir siendo bandolero para gustarle. ¡Todo, señor, todo! Todo se lo ofrecí mientras quisiese amarme todavía.

Ella me dijo -Quererte aún, es imposible. Vivir contigo, no quiero.

El furor me poseía. Saqué mi navaja. Hubiera querido que hubiese tenido miedo y me pidiese perdón; pero aquella mujer era un demonio. - Por última

vez –exclamé, - ¿Quieres seguir conmigo?

-¡No! ¡No! ¡No! -dijo ella dando con el pie en el suelo; y, quitándose del dedo una sortija que yo le había dado, la tiró a los jarales.

« Le dí dos veces. Era la navaja del Tuerto, con la que me había quedado por haberse roto la mía.

Cayó al segundo golpe, sin dar un grito.

Creo ver aún. sus grandes ojos negro mirándome fijamente; después se pusieron turbios y se cerraron. Permanecí aniquilado una hora larga, ante aquel cadáver. Después me, acordé de que Carmen me había dicho que le gustaría, ser enterrada en un, bosque. Cavé una fosa, con la navaja y la deposité allí. Busqué por largo tiempo su sortija y la encontré, por fin. Púsela en la fosa, a su vera, con una crucecita. Quizá no hice bien. En seguida monté a caballo, galopé hasta Córdoba y me dí a conocer en el primer cuerpo de guardia que encontré. Dije, que, había matado a Carmen, pero no quise decir donde estaba su cuerpo. El ermitaño, era un santo hombre. ¡Ha rogado por ella!, -Ha dicho una, misa por su alma... ¡Pobre niña! Los calés son los culpables por haberla criado así

España es uno de los países donde se encuentran todavía hoy en mayor número esos nómadas dispersos por toda Europa y conocidos con los nombres de bohemios, gitanos, Gypsios, Zigeuner, etc. La mayor parte moran, ó, por mejor decir, llevan una vida errante en las provincias del sur y de Levante, en Andalucía, Extremadura y el reino de Murcia; hay muchos en Cataluña. Estos últimos pasan a menudo a Francia, donde se les encuentra también en todas las ferias del Mediodía. Ordinariamente los hombres ejercen los oficios de chalán, albéitar y trasquilador de caballerías, a la cual juntan la industria' de componer sartenes y trastos de cobre, sin hablar del contrabando y otras prácticas ilícitas. Las mujeres dicen la buenaventura, mendigan y venden toda suerte de drogas, inocentes o no.

Los caracteres físicos de los gitanos son más fáciles de distinguir que de describir, y cuando se ha visto uno sólo, se reconocería entre -mil a un individuo de esta raza. La fisonomía, la expresión, he ahí, sobre todo, lo que los separa de los pueblos que habitan el mismo país. Su piel es muy atezada,, siempre más morena que la de las poblaciones entre las cuales viven.' De ahí el nombre de calé, los negros, con el cual se designan a menudo. Sus ojos son sensiblemente oblicuos, bien rasgados, muy negros y están sombreados por pestañas largas y espesas.

No se puede comparar su mirada más que, con la de una fiera. Píntanse en ella por igual, la audacia y la timidez, y bajo este particular, sus ojos revelan bastante bien el carácter de la nación, astuta, osada, pero temerosa naturalmente de los golpes, como Panurgo. La mayor parte de los hombres son bien formados, esbeltos, ágiles. No creo haber visto nunca ninguno cargado de gordura. En Alemania ²⁴ son a menudo muy lindas las gitanas, pero la belleza es muy rara entre las gitanas de España. Cuando muy jóvenes, pueden pasar por feíllas agradables; pero una vez que son madres, se vuelven repugnantes. La suciedad de los dos sexos es increíble, y quien no ha visto los cabellos de una matrona gitana, se formará difícilmente idea de ellos, aun representándose las crines más ásperas, más pringosas y más polvorientas. En algunas ciudades grandes de Andalucía ciertas jóvenes, un poco más agradables que las otras, cuidan más de su persona. Esas bailan por dinero unas danzas que se parecen mucho a las que están prohibidas en Francia en los bailes de Carnaval.²⁵ Mr. Borrow, misionero inglés, autor de dos obras muy interesantes sobre los gitanos de España, a quienes se había propuesto convertir a costa de la Sociedad Bíblica, asegura que no hay ejemplo de que una gitana haya incurrido jamás en ninguna debilidad por un hombre extraño a su raza. Paréceme que hay mucha exageración en los elogios que se conceden a su castidad. Además de que la mayor parte están en el caso de la fea de Ovidio: *casta, quam nemo rogavit* Por lo que hace a las lindas, son, como todas las españolas, difíciles en la elección de sus amantes. Hay que gustarles y hay que merecerlas. Mr. Borrow cita como prueba de su virtud un rasgo que hace honor a la suya, y sobre todo, a su candidez. Un hombre inmoral conocido suyo ofreció – dice, inútilmente muchas onzas a una linda gitana. Pero un andaluz a quien conté esta anécdota, pretendió que este hombre inmoral habría conseguido mejor resultado enseñando dos o tres pesos, y que ofrecerle onzas de oro a una gitana era un medio de persuasión tan malo como prometer uno o dos millones a la criada de una fonda. Sea como fuese, lo cierto es que las gitanas demuestran, respecto a sus maridos, una abnegación extraordinaria. No hay peligro ni miserias que no afronten para socorrerlos en sus necesidades. Uno de los nombres que se dan los gitanos, Romé, a los esposos, paréceme atestiguar el respeto de la raza por el estado del matrimonio. En general puede decirse que su principal virtud es el patriotismo, si cabe llamar así la fidelidad que observan en sus relaciones con los individuos del mismo origen que ellos, su diligencia en socorrerse mutuamente, el secreto inviolable que guardan en los asuntos, comprometedores. Por lo demás, en

todas las asociaciones misteriosas y- fuera de las leyes obsérvase algo semejante.

He visitado, hace algunos meses, una tribu de gitanos establecidos en los Vosgos. En la choza de tina vieja, madre de la tribu, había un gitano extraño a su familia, atacado de, una, enfermedad mortal. Este hombre se había salido de un hospital, donde estaba muy bien cuidado, para ir a morir en medio de sus compatriotas. Desde hacía trece semanas guardaba cama en casa de sus huéspedes y se veía mucho mejor tratado

que los hijos y yernos que vivían bajo el mismo techo. Tenía una buena cama de paja y de musgo, con sábanas bastante blancas, mientras que el resto de la familia, en número de once personas, dormía sobre tablas de tres pies de largo. He ahí por lo que hace a su hospitalidad. La misma mujer, tan humana para con su huésped, me decía delante del enfermo:

-*Singo, singo, homte hi mulo* . (Dentro de poco, dentro de poco se va a morir.) Después de todo, es tan miserable la vida de esas gentes, .que el anuncio de la muerte no tiene nada de pavoroso para ellos.

Un rasgo notable del carácter de los gitanos es su indiferencia en materia de religión; no es que sean *sprits forts* o escépticos. Jamás han hecho profesión de ateísmo, Lejos de esto, la religión del país en que habitan, es la suya, pero la cambian en cuanto cambian de patria. Las supersticiones que en los pueblos groseros reemplazan a los sentimientos religiosos, les son extrañas igualmente. 'No hay medio, en efecto, de que existan supersticiones entre gentes que viven lo más a menudo de la credulidad , de los demás. Sin embargo, he notado en los gitanos españoles un horror singular hacia el contacto de un cadáver. Hay pocos que consintiesen por dinero en llevar un muerto al cementerio.

He dicho que la mayoría de las gitanas se metían a decir la buenaventura. Salen muy airoas de ello. Pero lo que constituye para ellas; el origen de grandes beneficios, es la venta de hechizos y de filtros amorosos. No solamente tienen patas de sapo para fijar los corazones volubles o polvos de piedra imán para hacerse amar de los insensibles, sino que también pronuncian, llegado el caso, poderosos conjuros que obligan al diablo a prestarles su concurso. El año pasado me contaba una española la siguiente historia:

Pasaba un día por la calle de Alcalá muy triste y preocupada; una gitana acurrucada en la acera le gritó:

--Mi hermosa señorita, su amante de usted la engaña.

Era la verdad.

-¿Quiere usted que se lo haga volver ? Compréndese con qué alegría fue aceptada la, proposición y cuán grande debía ser la confianza inspirada por una persona que adivinaba así, al primer golpe de vista, los secretos íntimos, del corazón. Como hubiera sido imposible proceder a operaciones mágicas en la calle más frecuentada de Madrid, convínose en una entrevista al día siguiente.

-Nada más fácil que hacer volver al infiel a sus pies de usted -dijo la gitana.--¿ Tendría usted algún pañuelo o lazo o mantilla que le hubiese regalado a usted,?

Trajéronle una pañoleta de seda.

-Ahora cosa usted con seda carmesí un duro en, un cabo de la pañoleta. En otro cabo cosa usted medio duro. Aquí una peseta, allí una media peseta. Después hay que coser en medio una moneda de oro. Lo mejor sería un doblón.

Cosen el doblón y lo otro.

-Ahora déme usted la pañoleta; voy a llevarla al camposanto así que dé la media noche. Véngase usted conmigo, si quiere ver una bella diablura. Yo le prometo a su merced que mañana mismo volverá a ver al que tanto quiere.

La gitana se fue sola al cementerio, porque la señorita tenía demasiado miedo a los diablos para acompañarla. Dejo a la discreción de usted pensar si la pobre amante abandonada ha visto aparecer más ni la pañoleta ni al infiel.

A pesar de su miseria y de la aversión que inspiran, los gitanos gozan, sin embargo, de cierta consideración entre la gente poco ilustrada y se muestran muy envanecidos de ello. Se consideran como una raza superior por la inteligencia y desprecian cordialmente al pueblo que les da hospitalidad.

- Los gentiles son tan tontos -me decía una, gitana de los Vosgos, -que no tiene ningún mérito engañarlos. El otro día me llama una labradora en la calle; entro en su casa . La chimenea ahumaba y me pidió un sortilegio para que saliera bien el humo. Primero me hice dar un buen pedazo de tocino. Luego me puse a barbullar algunas palabras en rommaní-. Bestia, tía, eres - decía yo, - bestia has nacido, bestia morirás,. Cuando estuve cerca de la puerta, dijele en buen alemán: El medio infalible de que no eche humo la chimenea, es no encender fuego,. Y ¡piernas, para qué os quiero!

La historia de los gitanos es un problema todavía. Sábese, a la verdad, que las primeras hordas, muy poco numerosas, aparecieron al este de Europa a

principios del siglo XV; pero no puede decirse ni de dónde proceden, ni por qué han venido a Europa, y, lo que es más extraordinario, ignórase cómo se han multiplicado en poco tiempo de una manera tan prodigiosa en muchas comarcas muy alejadas entre sí. Los gitanos mismos no han conservado ninguna tradición acerca de su origen; y si la mayor parte de ellos hablan del Egipto como de su patria primitiva, es porque han adoptado una fábula propagada de muy antiguo respecto a ellos.

La mayoría de los orientalistas que han estudiado la lengua de los gitanos, creen que son originarios de la India. Efectivamente, parece que gran número de raíces y muchas formas gramaticales del rommani se encuentran en idiomas derivados del sánscrito. Concíbese que, en sus largas peregrinaciones, hayan adoptado los gitanos muchas palabras extranjeras. En todos los dialectos del rommani encuéntranse muchas palabras griegas. Por ejemplo: cocal, hueso, de xoxxaky, petalli, herradura, de mérakov, café, clavo, de xappi, etc. Hoy los gitanos tienen tantos dialectos diferentes como hordas existen de su raza, separadas unas de otras. En todas partes hablan la lengua del país que habitan, más fácilmente que no su propio idioma, del cual no hacen uso mas que para poder entenderse delante de extraños. Sí se compara el dialecto de los gitanos de Alemania con el de los españoles, sin comunicación con los, primeros desde hace siglos, reconócese una gran cantidad de palabras comunes; pero la lengua original se ha alterado notablemente en todas partes, aunque en diferentes grados, por el contacto con lenguas más cultivadas, de las cuales se ven esos nómadas precisados a hacer uso. El alemán por una parte y el español por otra han modificado de tal manera el fondo del rommani, que le sería imposible a un gitano de la Selva Negra conversar con uno de sus hermanos andaluces por más que les bastara cruzar algunas frases para reconocer que hablan ambos un dialecto derivado del mismo idioma. Algunas palabras de un liso muy frecuente son comunes, creo, a todos los dialectos; así en todos los vocabularios que he podido ver : *paní, quiere decir-agua; manro pan; más, carne; lon, sal.*

Los adjetivos nominales son en todas partes casi los mismos. El dialecto alemán me parece mucho más puro que el dialecto español, porque ha conservado las formas gramaticales primitivas, mientras que los gitanos han adoptado las del castellano. Con todo, algunas palabras forman excepción, para atestiguar la antigua comunidad de lenguaje. Los pretéritos del dialecto alemán se forman añadiendo ium al imperativo, que es siempre la raíz del verbo. Los verbos en el rommani español se conjugan todos según el modelo de los

verbos castellanos de la primera conjugación. Del infinitivo *Jamar*, comer, debería regularmente hacerse *jamé*, he comido; de lillar, tomar, debería hacerse *lillé*, he tomado. Sin embargo, algunos gitanos viejos -dicen, por excepción, *Jayón*, *lillón*. No conozco otros verbos que hayan conservado esta forma antigua.

Mientras hago así alarde de mis modestos conocimientos en la lengua rommani, debo notar algunas palabras de caló francés que nuestros ladrones (los de Francia), han tomado a los gitanos. Los *Misterios de Paris* han hecho saber a la buena sociedad que *chourin* quería decir cuchillo. Es rommani puro; *tchouri* es una de las palabras comunes a todos los dialectos. Monsieur Vidocq llama a un caballo *grés*, que es también una palagra gitana, *gras*, *gre*, *graste*, *g rís*. Añadid aún la palabra *romamichel*, que en el caló parisiense designa los gitanos. Es la corrupción de *romanané tehave*, mozos gitanos.

Pero una etimología de que estoy orgulloso, es la de *frimousse*, palmito, rostro, palabra que todos los estudiantes emplean, o empleaban en tiempo. Observad primeramente que Oudin, en su curioso diccionario, escribía en 1640, *irlimouse*. Pues bien: *firla*, *fila*, en rommani quiere decir rostro, y muy tiene la misma significación, exactamente el os de los latinos. La combinación *firlamui* ha sido comprendida al momento por un gitano purista, y la creo conforme a la índole de su lengua.

He ahí bastante para dar a los lectores de *Carmen* una idea ventajosa de mis estudios sobre el Rommani. Terminaré con este proverbio, que viene a propósito: *En retudi panda nasti abola macha* (En boca cerrada no entran moscas.)

Footnotes

² Palos ferrados de los vascos.

³ Trajes ordinarios de las aldeanas de Navarra y de las provincias Vascongadas. (Nota del autor).

⁴ No puede traducirse exactamente este juego de palabras. Se llama *épinglette* al desfogador o aguja para limpiar el oído de las antiguas armas de fuego, y é *pingles* a los alfileres.

⁵ Sí, señor

⁶ Cercado, jardín

⁷ Buenos días, camarada

8 Chuquel sos pirela Cocal terela. Perro que marcha, hueso encuentra.- Proverbio gitano.

9 Rom, marido; romi, mujer

10 Calé; femenino, calí; plural, calés. Literalmente, negro, nombre que dan los gitanos en su lengua.

11 Los dragones españoles iban vestidos de amarillo,

12 Me dicas uriarda de jorpoy, bus ni sino braco. -Proverbio gitano

13 La Santa-La Santa Virgen.

14 La horca, que es viuda del último ahorcado

15 La (tierra) roja

16 *Flamenca de Roma*. Término de caló que designa las gitanas. *Roma* no quiere decir aquí la Ciudad Eterna, sino la nación de los Romi o de los *casados*, nombre que se dan los gitanos. Los primeros que fueron vistos en España vendrían probablemente de los Países Bajos, de donde los ,ha quedado el nombre de f *lamencos*.

17 *Ostilar o, paslesa*, robar con destreza, hurtar sin violencia.

18 Sarapia sal pesquital, ne punzara.

19 ¡Qué imbéciles esos, que me toman por una señora !

20 A galeras, o por mejor decir, a todos los diablos.

21 Mi amante, o mejor dicho, mi capricho.

22 *Or esorgié de or narsichislé, sin chismar lachinguel*, proverbio gitano. Las hazañas de un enano son escupir lejos.

23 Se acusa a doña María de Padilla de haber hechizado al rey don Pedro. Una tradición popular cuenta que habla regalado a la reina Blanca de Borbón un cinturón de oro, que apareció a los ojos fascinados del rey como una serpiente viva. De allí la repugnancia que este mostró siempre por la desgraciada princesa- (Nota del autor,)

24 Me ha parecido que los gitanos alemanes, por más comprendan perfectamente la palabra calé, no gustan de ser llamados de esta suerte. Llárnanse entre sí *Romané th,ave*. (Nota del autor.)

25 No se olvide de la época en que escribía esto Merimée, es decir en 1830 (Nota del autor)